

NARRATIVA



NOTA

Agosto se publicó en 1961 en *El Pez y la Serpiente* #1.

Esos rostros que asoman en la multitud apareció publicado en 1976, reuniendo poemas y cuentos. En esta “Serie Pablo Antonio Cuadra,” los poemas aparecen en el tomo de Poesía II.

Los cuatro cuentos reunidos bajo el título de *Otros cuentos de Rayuelo* —verdaderas obras maestras de la breve prosa— y *Esbozo del viejo pastor* no habían sido publicados en libro hasta la presente edición.

Las dos zoosofías fueron escritas a fines de la década de los 70, y habían permanecido dispersas. *El basilisco* había sido anexado a la primera edición de 1980 de *Siete árboles contra el atardecer*.

Las *Prosas de Cifar*, escritas en los años 50, fueron seleccionadas del borrador de una novela que el autor había titulado *La Sirena*, nombre de una embarcación. Los apuntes para la novela evolucionaron hacia el poemario *Cantos de Cifar y del Mar Dulce*, y estas prosas fueron anexadas al poemario en su cuarta edición en 2001.

La noveleta *¡Vuelva, Güegüence, vuelva!*, fue publicada por primera vez en 1970, en *El Pez y la Serpiente* #11.

Agosto

*a Pedro Xavier,
el más pequeño y entusiasta
lector de este cuento.*

“Palo Alto” o el “confin del abandono” como le llamaron los viejos, es la última llanería antes del gran misterio: detrás se inicia la selva, levanta su cortina de árboles gigantes y torpes, de verde húmedo tiniebla, apretados sobre el fango, solidarios contra el viento y contra el colérico sol que, día a día, ataca y se retira babeado por los sapos, hostigado por erizos gavilanes, impotente y cárdeno.

Bordeamos el silencio. La tarde todavía juega sus últimos azules en la sabana y un pequeño cielo gris-claro se refleja en cada huella en el fango del caballo de Villagra. Por aquí hemos pasado muchas veces. No más lejos. Nunca al territorio prohibido de la serpiente, donde los madereros y los raicilleros, con sus capas de hule, recogen leyendas oscuras o gritan lejanos para nunca volver. “Un campisto aquí termina su oficio,” dice Villagra, señalando el final del llano. “El caballo es para cielo abierto.”

Hemos venido conversando. Hijo y nieto de campistos, Villagra hijo de Villagras, Nicanor, se hirió del Instituto de Granada y volvió a los llanos. “Historia patria!” dice burlón. Y repite de corrido párrafos escolares de memoria, para concluir: “Mi abuelo y mi tata anduvieron la historia rifle al hombro...! Para esos cuentos me querían arrancar del caballo!”

Me lleva diez años. “Yo nací cuando la revolución contra Zelaya, vos cuando la guerra de Mena.” Ataba sus memorias a sucesos como

su caballo a los postes del cerco. Su madre llevaba la historia por embarazos. “Cuando la barriga de Concho fue la gran llena.” Y más dramática su abuela enterraba un hijo al pie de cada fecha histórica. “Cuando el 93 me mataron a Bernabé,” o bien, “fue cuando la guerra contra el yanqui que perdí a Genaro.”

De pronto los ruidos de la selva se apagan. Miles de insectos, miles de alas, antenas y agujijones suspenden su infatigable labor: ¡Conozco ese silencio!

—“¡Mira!” Nicanor Villagra baja del caballo. “¡Esta vez ni siquiera esperó la noche!”

Inclinándose examina la huella. Atrás venía mi perro, cansado y lastimoso, esquivando los lugares hondos de fango y deteniéndose sobre las matas de zacate con la lengua sucia y babeante. Olfatea la huella y llora. “Se está meando,” digo. Villagra lo aparta. Es injusto con el perro. Le niega raza porque viene de la ciudad. Se inclina y mide la huella, la marca enemiga.

—“¡Historia patria!” vuelve a decir. No es profunda, pero sí áspera; pesada y sin embargo liviana, ágil, tal como racimo de cólera apretado sobre la tierra: ¡la zarpa! Conozco ese leve temblor en las orejas de mi potrero. ¡La zarpa! la firma del rey brutal ordenando su miedo y el de toda carne sujeta a su imperio nocturno.

—“¡Esta es historia patria!” dice escupiéndolo el suelo. Señala con el cabo del rebenque el rumbo. Historia impresa sobre fango y sangre, como toda historia.

—“Lleva siete años,” dice. Yo guardo silencio. ¡La zarpa! ¿De quién era la zarpa en esos largos siete años de obsesión? Dos veces fue llamado para una revolución y dos veces regresó por veredas porque el movimiento había fracasado. Entonces volvía al “confín del abandono” a repasar las páginas de la muerte: el ternero devorado, el potrillo perseguido y sacrificado casi frente a la puerta del rancho; la vaca herida a mansalva, en el atolladero, con el salvaje mordisco en la ubre henchida. Y siempre la huella, ancha, no profunda, pero sí ápera, pesada y sin embargo liviana, y siempre la misma denuncia deprimente del silencio.

—“¡Que se calle ese perro!” Tengo que golpearlo.

—“Aquí hay huellas de coyote,” digo.

—“Va para Palo Alto,” insiste Villagra, sin oírme, hundiéndose con cólera hasta la ceja, el sombrero.

Inclinados seguimos, en el llano fangoso, la marcha armoniosa y elástica, como leyendo los signos de una partitura. Aquí gira y escapa la huella loca —el casquito profundo y la carrera burguesa— del saíno. Aquí salta el venado: sus tensos delgados músculos de ballesta hundieron el fino miembro para la estampida. Todos abren paso, todos ceden al sigiloso poder, el llano; la felpuda alfombra al rampante monarca.

Mi perro, atrás, vuelve a llorar. No es llanto de dolor, repetido y lastimero. Gime en bajo y el gemido se prolonga hacia lo alto, erizo, aullando miedo, como un sonido lineal y negro sobre la tarde. Lo callo. Asoma la luna sobre el fondo de la selva, humeando. Su lechosa claridad empalidece y hace profundo, anémico, el crepúsculo.

—“Se está metiendo entre dos luces,” dice Villagra, deteniendo un instante su caballo. Es la primera vez que sonrío. Vuelve el rostro hacia la selva que ha quedado atrás entintando el horizonte entre el llano y la luna. Quiebra la escopeta, sopla el cañón con fuerza como quien insufla espíritu demoledor, mete dos cartuchos y cierra. —“¡Vamos!”

Entonces vemos contra el camino del sol la silueta alargada de los campistos. Vienen gritando. Villagra se alza sobre los estribos:

—“Hijos de su madre... ¡Todo lo hacen grito!”

Aún no distingo la voz distante; pero veo el salto gallardo de los potros. Uno de los hombres agita el sombrero, avanza, hasta que su palabra crece, golpea, cincela el escudo de la luna pétrea con un nombre: “EL TIGRE” El grito se repite atrás, regresa, ¡el Tigre! llena el llano de un nombre feudal y agresivo.

Villagra quiere callarlos, pero de nuevo avisan señalando al oeste: —“¡El tigre ataca al rodeo de Palo Alto!”

Frena en seco el potro. En su rostro se dibuja un gesto doloroso.

Me mira como quien cita un testigo. Es “Palo Alto.” El rodeo de su infancia, con su cielo sabanero sostenido por el árbol, el alto árbol, el guanacaste donde hacen alto las loras, las urracas, los guises matinales y los pájaros emigrantes. El árbol de los balidos. De la vacada paridora, de la yeguada chúcara. Y la “Lirio” de blancos cuernos, la madre antigua, caída acaso. Y la “Enlutada,” negra y mugidora sacrificada tal vez por la ciega crueldad; las vacas de honor, las que dieron a la hacienda su orgullo y su precio, las del rodeo de “Palo Alto” custodiadas por el bronco “Clarín,” tu preferido, tu aguerrido toro tigrero: allí está ¡a prueba!. Lo leo en tus ojos, Villagra, y tú también lees en mi corazón el texto de una rebeldía. ¡Es la hora!

—“Llévense ese perro y cuiden desde el breñal de los pijules,” grita a los sabaneros.

Luego, con la mano que empuña el fusil, hace un gesto: —“¡Adentro!”— gesto de ataque, de rebelión, gesto de guerra contra ti, agosto, alevoso Poder.

Galopamos.

Manuelita, Virginia —en honor a mi abuela, “la santa señora” que decía el viejo Villagra— y Nicanor, eran los tres últimos de los doce hijos. Nicanor estaba destinado a alcanzar la ciudad, los números y las letras. Pero se dormía de aburrimiento, entre cuatro paredes, montado sobre el inmóvil pupitre. Hizo la primaria. Cumplió los diez y ocho años. Se fugó del Instituto a la primera revolución. Lo detuvieron a tiempo mis padres, arrastrando un largo rifle *Mausser* y echando rosquillas en el salbeque de balas mientras esperaba la partida del tren de guerra en la estación de Granada. Lo devolvieron a la hacienda. El viejo Villagra lo recibió con una vara de tamarindo y le cruzó las espaldas.

—“Si no quisiste ser don, ahora vas a ser duro. Chontales pide hombres!”

Manuelita y Virginia lloraron. Pero lo madrugaron con los tres sabaneros, a “Palo Alto,” el “confín del abandono” como le decían los viejos; allí donde pastaba el ganado viejo; la última sabana

reservada sólo para la crianza; el fin de la historia donde lloraba Diciembre sobre los cueros, casi genealógicos, de las reses bisabuelas que caían en el año y nacía la raza chúcara entre la libertad y el fango. Se acabó el diminutivo, el muchachito, el “cutmiche.” Pero eso quería. En eso soñaba sobre cada página de la gramática. Galopamos.

En eso soñaba cuando tragaba, párrafo a párrafo, el áspero alcohol de la “Historia Patria.” Detrás quedaba la selva. La espalda de la República. El sombrío origen de las tribus, reemplazado, de tiempo en tiempo, por el avance de las revoluciones, por la llegada de las tropas que surgían de la manigua devorando los ganados. Por allí aparecían los generales. Por la línea alta, de verde húmedo tiniebla; hechos de lodo y oscuros como el canto del pájaro-león, envenenados por la toboba, silenciosos, desconocidos; pero sus nombres numerosamente pronunciados por la muerte. Allí, junto al gran misterio, aquella mañana, lanzó el potro sobre el coyote, a rienda suelta aventando sus gritos que recogían los loros y las lapas en la algarabía verdi-roja del amanecer. El coyote se disparó sobre el charrial de los pijules, azorado, deseoso de no correr, indeciso, mirando de reojo si la persecución merecía avanzar sobre el cansancio o bien utilizar una pequeña estratagema, ocultarse en el charrial o despedirse. Y entonces titubeó. Llegó algo a su olfato alerta y titubeó y Nicanor ya no tuvo tiempo de descargar su machete. Vio levantarse sobre las altas hierbas y espinos el brillante, manchado, poderoso tigre. No escuchó ruido. Fue un relámpago sólido, concretado en músculos tensos, silencioso, potente, surgido del suelo, que cruzó un segundo sobre las más altas hierbas y espinos y desapareció. Su piel brilló a la luz y pareció detenerse mucho tiempo en el aire, lustroso, como un tronco robusto y brillante arrojado a lo alto, pero arrojado en su propio impulso, convertido, solidificado en el puro impulso, sin que quedara una línea del cuerpo o una mancha ajena a aquel salto poderoso, limpio y solitario. Nicanor, frenó. Fue su mano la que tiró a fondo de las riendas, mientras el ojo se entregaba todo

a retener el silencioso, eléctrico, muscular relámpago. Y el potro paró en seco y hundió los cascós al borde del charrial y quedó tembloroso, agitado pero inmóvil, posesionado, pidiendo a su complemento humano la orden que lo sacara de su perplejidad y su temor. Pero Nicanor le bajó el tapojo, amarró del jinetillo, tensas, las riendas, y saltó a tierra. Fue una operación de segundos. Detrás del salto había oído, un sonido opaco y mortal. Se abrió paso entre espinas, arrayanes y hierbas a machetazos. El coyote ya lejano, miró hacia él curioso, interrogante desde la llanura. Su corazón se lo había dicho y allí estaba: caída, abierto el pecho, asfixiándose en el hervidero de su propia sangre, sus grandes desorbitados ojos mirando a Nicanor, espionando su llegada con un dolor profundo y una ternura casi humana en la vidriosa pupila: la “Viuda,” la que ordeñaba de niño. Allí, en esas ubres pálidas de la vaca negra, había aprendido a presionar sus dedos suave y fuertemente para hacer brotar el fino chorro de leche. La vaca estaba caída de costado, agitándose, tratando de ponerse en pie pero queriendo abrir, loca, desesperadamente las extremidades. Al ver a Nicanor se resolvió una vez más, levantó la cabeza, pero un borbollón de sangre brotó del pecho desgarrado. Nicanor se echó sobre ella. Estaba alumbrando. Entre sus piernas traseras pujaba por llegar a la vida un pequeño y ciego animal. La madre trataba de lanzarlo a la tierra, pero a cada esfuerzo la vida se escapaba, caliente y sorda por el brutal mordisco. La zarpa había dejado también su huella, honda, posesiva sobre el lomo. Nicanor apretó las venas y arterias, para detener la muerte. Se abrazó a su pecho. —“Vamos, muchacha! Despacio, despacio!” Y ella aspiraba el aire, anhelante, movía la testa golpeando con el cuerno la tierra, aspiraba lo inasible, tragaba vida y la empujaba hacia sus entrañas. Pero la sangre volvía al cuello, con furia; saltaba sobre las manos de Nicanor, empapaba sus brazos y su pecho. —“¡Con calma, muchacha!” En los ojos de la madre agonizante y parturienta fue reclinándose una luz azul, pálida, desgarradora como un crepúsculo dolorosamente íntimo. Quiso pronunciar un

balido y abrió la boca, pero su lengua áspera y seca quedó colgada sin fuerza. Su respiración comenzó a arrastrar un gemido ronco. —“¡VIUDA! ¡VIUDA!” le gritó al oído Nicanor. Ella abrió con un brillo nuevo y desesperado los ojos. Aspiró otra vez, con todas sus fuerzas, como un fuelle terrible, como un suspiro terrestre y abismal que robara a la naturaleza toda su última reserva y presionó sobre su vientre tensamente, brutalmente, empujándose ella misma hacia su fondo. Luego alzó la testa, miró, quiso mirar hacia la vida que brotaba de su vientre, pero una sombra helada penetró en sus ojos y de un golpe dejó caer, sin vida, la cabeza sobre la tierra. Nicanor corrió hacia el ternero medio hundido aún en el pozo oscuro del sexo. La sangre encharcaba la tierra. Tiró del asfixiado animalito, tiró con fuerza y sintió que se desprendía, que salía hacia fuera, fácil, aceitoso, elástico. Rasgó la bolsa. Rompió el ombligo. Le palmeó nerviosamente sobre el pulmón y luego le limpió paternalmente las narices con el borde de su cotona. Vio los ojos extrañados y tiernos, torpes todavía, deletreando la luz, y creyó oír un balido lejano, casi celeste, un balido que transportaran garzas y oropéndolas sobre las tenues serranías del Este.

Galopamos.

Casi Villagra llegó a ser el ternero: creado junto a las enaguas de Virginia, manso, casero y consentido. Nicanor lo cargaba día a día hasta que ya becerro dejó de hacerlo por miedo a una hernia. Al crecer en estatura, crecieron los desastres que ocasionaba y las protestas de Manuelita, pues entraba a la casa como un perro, mascaba o ensuciaba la ropa tendida, echaba al suelo muebles y quebraba trastes, inocente de su tamaño y de su fuerza.

Una tarde, agradeciendo a la abuela un puñado de sal que lamió golosamente de su mano temblorosa, intentó un cariño exagerado y la empujó de espaldas produciéndole una caída mortal. La misma noche de la vela del viejo Villagra —con la aprobación de la familia, excepto de Nicanor y Virginia, que no se atrevieron a protestar— decretó su castigo: “Hay que castrar ese animal y echarlo al repasto.” Andrés Villagra, el mayor de los hermanos

—llegado de Juigalpa por el duelo— agravó el fallo del viejo: —“Animal de campo criado casero, ni sirve para la casa, ni sirve para el potrero.”— Los campistas oyeron. Bajo la gran luna de verano bebían café negro y aguardiente y se burlaban de la suerte del torete. Se gozaban de verlo regresar sin privilegios al mundo de los humillados. Pero Nicanor salió de la casa y les habló con furia, en voz baja, contra el rostro: —“¡El que toque a ese animal se las ve conmigo!” Entonces baló el hijo de la “Viuda.” Estaba amarrado al bramadero y baló con fuerza de toro, baló abandonando su edad y saltando a la soledad y al poder del macho, a la jefatura altiva del rejego, rasgando la noche, abriendo sus negras tranque-ras en el reclamo de una vacada y de una libertad que sentía suyas en el torrente nuevo de su sexo y de sus cuernos. Alguien dijo: —“Tiene la voz potente del padre.” Y desde esa noche Nicanor le dio nombre. Lo llamó “Clarín.”

Desde los primeros ganados venía ese nombre, por línea de osadía, designando a los defensores de la frontera de la hacienda, a los padrotes que guardaban la marca contra el jaguar: ¡Eso quería decir Nicanor Villagra: toro tigrero, toro “Clarín”!

Se lo llevó a Laguna Seca, al otro lado del río, cerca de “Palo Alto,” donde los paros salvajes cruzaban el aire solitario graznando asustados por la presencia del hombre. A veces la yeguada, en épocas de sequía, saltaba el barranco y se embolsaba en el silencioso pastizal. Era un lugar triste, pero el heredero estaba condenado al exilio y en el exilio debía educarse para conquistar el trono. Su preceptor le enseñó a embestir. Le enseñó a espumar de rabia contra el cuero del tigre. A defender su derecho y el territorio de su rodeo. Nicanor era casi un misterio para los sabane-ros. Toda historia es misterio y él estaba en la edad intrépida: por la noche cruzaba la llanería de San José para verse, a escondidas, con Isaura Gadea —los Villagras y los Gadeas eran enemigos— y por las mañanas se perdía en la distancia con un cuero de tigre amarrado en el jinete. Cuando “Clarín” cumplió cuatro años, Nicanor lo llevó al rodeo de Palo Alto. La vacada, con ojos displi-

centes y a ratos curiosos, lo vio avanzar, joven, poderoso, con los cuernos pintados de rojo, caminando como un perro detrás de Nicanor. Pero el viejo toro —el “Canta-claro” de Palo Alto— levantó la cabeza intranquilo. Retrocedió balando, hirsuto, y rascó la tierra aventando polvo sobre su lomo. —“Esta es tu hora,” le dijo Nicanor tocando a “Clarín” los testículos con la tahona. “O le cogés el patio o te castro.” Lanzó un grito, se montó en su caballo y sin volver el rostro se alejó hacia el rancho.

Pasado el mediodía, el viejo Villagra y los sabaneros que curaban terneros en el corral vieron llegar a la carrera, atropellado y sangrante al “Canta-claro.” Todos miraron en silencio, desconcertados, al nervioso y pesado rejego que daba vueltas inútiles alrededor del corral. —“Debe ser el tigre,” dijo el mandador de campo. El viejo Villagra corrió a traer su escopeta. Los demás campistas soltaron a los terneros y corrieron a los caballos. —“¡Nicanor!” gritaron. Nicanor salió detrás de ellos, pálido pero feliz. Cuando llegaron a Palo Alto, tendidos en línea vieron de lejos a “Clarín” pastando, todavía excitado junto a su nuevo rodeo. Los sabaneros comenzaron a reír. —“¿Qué toro es ese?” preguntó el viejo Villagra; pero su pregunta la hizo por romper el silencio y dar algún cauce a su cólera; su ojo de viejo ganadero ya había reconocido al hijo de la “Viuda.” —“¿Qué toro es ese?” gritó mirando de soslayo a Nicanor.

—“Allí lo tiene,” contestó; “si le cumplo la palabra por sentimiento, vea lo que hubiera perdido!”

“Clarín” alzó la testa, miró hacia ellos altivo, rascó la tierra conquistada y entre una nube de polvo resonó su balido, penetrante, imperioso, que fue a levantar ecos lejanos en el borde negro de la selva, más allá del “confín del abandono.”

—“Dejemos aquí los caballos,” dice Nicanor.

Amarramos los dos potros a un pequeño jícaro, les bajamos los tapojos y nos despojamos de las espuelas.

Nicanor, inclinado, observa las huéllas del tigre. —“¡Le veníamos pisando los talones!” exclama. La hierba apenas comienza

a desentumirse doblada por la áspera, opresora y sin embargo liviana, casi aérea, pisada del tigre. Oímos el balido del toro. Agachados, silenciosos como delicuentes abandonamos la ruta de la huella y nos desviamos para ganar un árbol de nancite de ramas bajas, rodeado de zarzas que espinan mis manos. La luz de la tarde se fuga más a prisa que nuestros pasos y va quedando el día en cenizas, gris, como si todos los colores de la llanura y del cielo hubieran pasado a manifestarse en mármol. Nicanor tira el lazo al gancho, me da la mano y ante mis ojos se abre la sabana en círculo, con su erguido guanacaste —Palo Alto— sosteniendo el toldo del cielo descolorido y viejo como una carpa. La vacada revuelta, en pánico, se apretuja y gira trazando órbitas de fango y hierba pisoteada. Trata torpemente de elaborar una forma de solidaridad, pero la rompe, vuelve a buscarla, salta una madre a empujar a su ternero, tropieza allá con otra, embiste a su compañera pero se arrepiente y se une a ella y gira de nuevo para crear el círculo mágico, apretado, solidario, del rodeo. El toro ordena, golpea a las remisas, corre colérico sobre las torpes, va formando a cornadas y balidos el círculo, la rueda sagrada, cuando de pronto se queda inmóvil, recortada su negra silueta contra el crepúsculo, alta la cabeza, tensas y atentas las orejas. Nos empinamos sobre la rama en silencio. Veo a Nicanor levantar lentamente, hasta la altura de mis ojos, la escopeta, y entonces salta del breñal una vaca melada. El toro ha balado de nuevo y la vaca corre a él moviendo nerviosa la cabeza. Tras de ella un ternero recién nacido, lleno de fango, da unos pasos rápidos pero tambaleantes, y cae. La vaca oye el balido del toro, ronco, perentorio, y el balido del ternero, débil, suplicante. Duda. Retorna nerviosa y ayuda al ternero empujándolo, alentándolo suavemente con el cuerno, pero la hierba se mueve atrás no por la brisa sino por una oscura, oculta amenaza, sin susurro, en entero silencio, en un temblor levemente inquietante y no natural que asusta a la vaca. Pasa un pájaro, revolotea alarmado y chilla. La vaca otra vez duda; interroga, sacude la cabeza como si tratara de desembarazarse de un tábano necio e insistente;

da unos pasos para animar al ternero a seguirla, pero el ingenio y torpe animalito se planta a balar. Entonces —“¡Nicanor!” exclamo, y él también ve: arrastrándose entre el pajonal, lento, creyéndose oculto todavía pero ya descubierto en parte su brillante y manchado lomo, avanzando rastrero por un movimiento casi natatorio de las manos, mientras sus patas traseras más bien parecen sólo ocupadas en calcular el ángulo exacto del músculo para el salto, tensas, y el elástico rabo moviéndose con golpes de cronómetro, marcando en oro y sombra el tiempo, el instante calculado y subitáneo. La “historia se repite,” la “historia se repite”: creo oír el murmullo de la voz de Nicanor y su mano apretada y colérica es también mía sobre el arma, apuntando, colocando el ojo y la mira sobre el rastrero asechante bulto que ahora se mueve de nuevo, se encoge, comba su poderosa fuerza elástica y va a saltar... —“Ahora, ahora Nicanor!” digo yo creyendo gritar, pero apenas he murmurado una trunca e inepta frase cuando vemos al toro arrancar vertiginoso, brutal; veo una súbita mancha de furia o cólera volcánica que arremete y oigo, estrepitosas sobre el fango, las pezuñas y el resoplido de su ira rasgar el aire, pero el tigre, simultáneo, sin ruido salta en arco, cae, aplasta al ternerito, oyesse el crujir de los huesos y, sobre el golpe, cae fulminante el rayo de la zarpa y ¡arriba! instantáneo de nuevo salta, maullando, el enorme cuerpo abierto, brillante —como piel clavada sobre el cielo— y sus manos y patas erizadas de uñas arañando el viento, y gira, doblándose aéreo y lanzándose más allá sin tomar tierra, mientras el toro tira en falso, frena en el lodo, muge de indignación, vuelve y embiste con una carga de cornadas baldías la sombra que salta y que huye. Y salta. Y silencio...

Nicanor baja el arma furioso.

—“Perdimos!” digo.

—“¡Pendejo!” grita. “¡¡Pendejo!!”

Un silencio de derrota amarga el cielo como la boca de un desilusionado. Trato de empujar mis ojos y perforar la equívoca vaguedad violeta del llano. ¡Nada se mueve! Ni la estatua negra,

humillada, del toro. Ni el círculo, paralizado por el miedo, del rodeo. Ni el árbol. Ni el viento... Solamente allá, sobre su sangre tenue e inocente, leves convulsiones agitan el pequeñísimo despojo del ternero, reducido por la muerte y por el crepúsculo, como si invisibles hormigas lo alejaran lentamente hacia el oscuro vientre del mundo.

—“¡Vámonos!” me dice Villagra.

Se le hace insoportable la derrota. Salta del árbol. Lo sigo. Oímos los gritos lejanos de los campistas. Gritos. Gritos lejanos. “Hijueputean” al tigre. Quizás huye.

—“Debe haber saltado por el breñal,” pienso en voz alta.

Busco en la penumbra al toro. “Clarín” retrocede lentamente sin volver la cabeza. De pronto su pezuña pisa la sangre del ternero y se detiene. Olfatea. Alza al aire la testa en un gesto casi humano de imprecación y muge. Es un balido fúnebre y salvaje que la vacada secunda en coro, agitándose, levantando ecos sombríos que rodean la noche.

¡Oh fogata negra! ¿Dónde escuchó mi corazón este coro mortal? Pienso en una noche antigua y en las cenicientas madres rodeando con plañidos los muros calcinados.

—“¡Fíjate! ¡Fíjate!” me dice al oído Villagra con voz apresurada, montando el arma. Busco inquieto en las sombras. El toro quiebra su mugido, se mueve nervioso, embiste autoritario a su rebaño y gira ahora a su alrededor obligándolo a compactarse. La vacada obediente y medrosa reconstruye la rueda del rodeo, erizada de cuernos, resguardando en el centro, detrás de las ancas, los terneros que balan amiedados y tímidos.

—“¿Dónde?” pregunto. La noche devora las formas y yo dilato inútilmente mis pupilas.

—“¿Dónde?”

Villagra me acerca su rostro y señala hacia el pajonal... ¡Sí! ¡Veo!... Una sombra ronda. ¡Vuelve!... Oh Dios, dame mis pupilas campesinas limpias de duda y claras de certeza, líbrame del ojo lector, imaginario y distraído. ¡El tigre está ahí! Saltamos de nuevo,

apresuradamente, al árbol. Está allí. Acabamos de oírlo lejos, despertando el miedo y el grito tras el breñal, pero está ahí, no llegando, sino surgiendo de la noche, como si la selva viniera tras él, con su tiniebla torpe y húmeda robando llano; ya no oculto sino dominador, oculto en sí mismo pero manifiesto como el crimen; decidido, avanzando hacia la carne sangrante.

“¡Cóbrale! ¡Cóbrale!” pienso yo, grito en mi pensamiento. ¡No! ¡No pienses! ¡Mira!

Clarín ya no se fia de la furia ciega. Tan solamente arde como quien quema el oscuro soterrado carbón: avanza despacio, encendido pero cauteloso, la cabeza inclinada, doblado en arco el poderoso cuello y los cuernos bajos como si su empresa fuera arar la tierra.

El tigre se detiene. Como las estrellas sobre la gasa gris de Agosto, los astros de sus ojos fríos deben mirar la nueva órbita, la fuerza negra y lenta que avanza al choque. Pero se detiene. Comprende que un extraño poder interpone su límite. ¡“Clarín”: oh furia nuestra, avanza!

El tigre se agazapa. Un golpe de luna rebota en sus dientes, de brillo fatídico, que descubre amenazantes: es la fiera investida por sus crueles signos, el poder del colmillo y la luz argentina sobre su manchada túnica de sangre y tiranía. Se agazapa más, se apretuja sobre su sombra, se esconde en sí mismo; se arrastra, busca el ataque bajo, al cuello y oigo su bufido de saliva y odio. Pero el toro avanza. Avanza.

¡Y ahora...! ¡eso! ¡eso! ¡embiste! ¡lo coge! ¡ataca! ¡derriba! ¡atropella! Oímos el maullido. ¡Lo ha cogido! ¡Adentro! ¡Toda la llanería, la vieja hacienda toda te pone sus siglos en el asta!... ¡Ahora! ¡ahora! ¡Adentro, muchacho! ¡Adentro, toro “Clarín,” rejego, adentro! (¿soy yo? ¿quién? ¡me grita el alma y mugen por leguas los ganados, los ecos, el vocerío, tu grito Villagra, el mío!) ¡Acomete, acomete con tus diez generaciones de balidos! ¡Rempuja, muchacho, húndele al tope el cuerno, atropella, tumba, arrolla, embiste, mata!

Pero salta. Lleva sangre. ¡Oh, luna! ¡Está herido! Cae, lo recoge. ¡No lo dejes, Clarín! Y el tigre cae, renguea, da el zarpazo frenético a la vaca, mata —¡mata el asesino!— otra vez mata y ¡oh estallido! oímos, sólo oímos el golpe, el resoplido de la cólera, sólo oímos el cuerpo otra vez defondado y el maullido y luego veo la testa que se sacia y aprieta, que levanta, que recoge al felino y lo arrolla y lo arrastra y lo sella contra el árbol y el ruido del cuerpo destripado y el maullido de dolor y otra vez contra el árbol que se sacude y otra vez el golpe y el ruido de las entrañas aplastadas y otra vez el golpe y ya sólo el aire que expele sangre y otra vez. ¡No! No acabará nunca la furia. Golpea, vuelve a golpear. Villagra aprieta con su mano mi brazo como una tenaza. Abajo, casi a nuestros pies la furia repite su golpe enloquecido, ciego, haciendo polvo al enemigo, polvo su memoria. Polvo arrastrándolo, embistiéndolo, mugiendo sobre él y de nuevo hundiendo, de nuevo, el insaciable cuerno.

No acabará nunca. Se retira. Mira encendido y febril al Norte, al Sur, al Este, olfatea y vuelve y se clava sobre el destrozado, sanguinolento, monstruoso despojo. Cada golpe enumera un recuerdo de muerte: enumera el delito y su venganza: por “Azabache,” la flor de San Miguel, por el tierno “Úrsulo,” por ti “Golondrina,” por “Griselda” y la “Lirio,” la dulce “Lirio,” de blancos cuernos, por el célebre vástago de la “Luna,” por la “Rosa,” por la “Palangana,” por la devorada y fina “Reina del Soroncontil,” por ti, última, desconocida, anónima víctima.

La vacada es una muralla de balidos. Gritamos a la altura de los astros. Nicanor me abraza loco y se tira del árbol:

—“¡Muchacho huevón!” grita, arrojando el arma al suelo.

—“¡Loco! ¡Villagra, no!”

No me oye. Va hacia el toro temblando de gloria.

—“¡Clarín, muchacho rejego!”

—“¡Ese toro está rabioso, Villagra!”

—“¡¡Villagra!!”

Pero él no me oye.

—“¡Clarín! ¡Clarín muchacho!”

Va despacio a él. Lo llama y dos ojos inyectados en sangre, fijos, lo miran.

—“¡Villagra, loco! ¡Villagra!”

El toro inclina la cabeza. Arroja el denso fango sangriento con la pezuña. Retrocede.

—“¡Clarín!... ¡Clarín!... ¡Muchacho!”

Y yo grito: —“No te acerques!”

—“¡Villagra! ¡Cuidado!”

Pero va. Su voz es un murmullo. Le habla. Se adelanta.

—“¡Clarín: te portastes como todo un hombre! ¡Clarín!”

—¡ESTA ES MI FIRMA!— me grita levantando el puño bajo la luna mientras el toro manso, agachando la cabeza con gesto de infancia, se deja besar la frente.

Esbozo del viejo pastor

—¡No hijo! ¡No! ¡No digas torpezas!

El anciano campesino avanzó entre el gentío aferrándose al hombro de su nieto. Gritaban. Lloraban. Insultaban. Casi le arrancaron el sudado turbante pero metió el rostro y vio pasar al ajusticiado.

—¡Allí va! ¡allí va! le gritó el nieto desde su pequeña estatura, emparedado por el bullicio.

—¡Galileo! gritaron, escupiendo, los que estaban a su lado.

—¡Galileo! pensó, ¡impostor, impostor!; y contagiado por el gentío escupió también.

—¡Impostor!... el anunciado, el que yo adoré aquella noche, es de Belén!

La multitud tiraba de él. Se aferró al nieto. Pero el nieto gritaba:

—¡Allí va! ¡míralo!

El niño tiró de su mano. Ahora estaba en primera fila, pero el ajusticiado ya había pasado custodiado por los soldados.

Alguien dijo: “¡Esa es su madre!” y al volver los ojos se encontró con un rostro de mujer lleno de angustia, un rostro cansado, un rostro sereno pero infinitamente doloroso. Cruzó su mirada con la mirada de sus ojos enrojecidos y se sintió mal. Como si las piernas le cedieran o el suelo le faltara bajo los pies. Se apoyó en el nieto. ¡Era ella!

No podía estar equivocado. ¡Ese rostro se lo había grabado para siempre desde aquella noche! ¡Tanto pensar y repensar día a día, año con año, en lo mismo! Y las noticias que llegaban a la

montaña. Juan. Jesús. El Cristo. Los milagros. Y él, en su miseria, deseando bajar, año con año, a Jerusalén.

Y el niño que había bajado con las cabras para volver con la desilusión: Jesús de Nazareth.

—¡No hijo, no digas torpezas...! ¡qué de bueno puede salir de Nazareth!

Pero los ciegos veían, los rencos andaban y saltaban, los muertos volvían a la vida.

—Tengo derecho a saberlo, dijo. No moriré sin saberlo.

Y ese año bajó al templo. Y lo arrastró la turba. Había que ajusticiar al impostor. Al de Nazareth. Al Galileo.

Pero... ¡era ella!

No podía estar equivocado. El gentío empujaba. El griterío, los codazos, la furia del pueblo en la estrecha calle. El niño gritaba defendiéndose.

—¡Llévame tras ella!

—¡No puedo, abuelo!

—¡Llévame, llévame!

Hubo un remanso. Los soldados detenían a un hombre de Cirene. El anciano se abrió paso. El niño apartaba a la gente a empujones.

—¡Aquí, aquí, abuelo!

Allí estaba ella. Lloraba.

Se acercó más. Pero no tenía palabras.

Vio que sus ojos le reconocían. Se sintió cohibido. No le salían palabras. Se le llenaba de llanto la voz cascada. Pero hizo un esfuerzo, se acercó más, y en voz ronca, temblorosa, le preguntó:

—¿Es él? ¿es el... niño?

Y ella, inclinando la cabeza tristemente, asintió.

El anciano miró hacia el condenado a muerte. ¡No, no era posible! Recordó los ángeles del primer día. La cueva de Belén. La alegría. La esperanza. Sintió que el mundo entero se hacía añicos.

Lejanamente, entre sombras, oyó los gritos del niño:

—¡Abuelo! ¡abuelo!...

ESOS ROSTROS QUE ASOMAN
EN LA MULTITUD



Mi pobre tío Ignacio

I

M.P.S.P. Don José Domás del Valle
 Presidente de la Gobernación de Guatemala

Muy poderoso Señor:

No puedo prescindir en esta ocasión de importunar los altos respetos de Vuestra S.M.I. con una queixa que ha justísima mas sensible causa por tocar el honor de mi marido D. Ignacio de la Quadra, oficial de pluma, un año y cinco meses ausentes quien fuese en busca de fortuna y estudio con promesa de llamarme y de contribuir con su trabajo a mi manutención y a la de nuestros hijos mientras lograba establecerse. Cumplió a satisfacción los meses que van de Marzo a Noviembre pero van corridos los restantes hasta esta fecha y no habiendo satisfecho más sus remisiones ni aún la contestación de mis cartas, no puedo menos que elevar mis súplicas a Vuestra S.M.I. a pretexto de las mayores fatalidades que padezco, para que se sirva mandar comparecer ante su grave presencia al citado don Ignacio y sin que conociere ser instancia mía le obligue a contribuir con la asistencia a esta su familia o mejor que se restituya a su domicilio.

Espero de la justificación de V.S.M.I. atenderá mi súplica y en el ínterin quedo pidiendo a Dios Nuestro Señor guarde la importante vida de V.S.M.I. muchos años para bien de este Reino.

Besa las manos de V.S.M.I. su más atenta servidora.

(f) MARÍA FRANCISCA RUIS DE OCAÑA

(rúbrica)

León, abril 23 de 1795



II

M.P.S.P. Don José Domás del Valle
Guatemala

Muy Ilustre Señor:

Venerado señor las miserias de esta servidora la hicieron ocurrir ante Vuestra S.M.I. con una súplica que a causa sin duda de los graves negocios no logró su atención, pero pasan los meses y mi marido don Ignacio de la Quadra sigue desatendido, y va en ello tiempo, de aquellas obligaciones a que se reduxo por el estado de matrimonio que conmigo contraxo, abandonándome con el grave peso de tres hijos, entre ellos dos mujeres cuya manutención, la mía y la de nuestros sirvientes se me ha hecho insoportable sin poder menos experimentar muchas necesidades hasta el estado de no poder salir a oír Misa si no es de madrugada, o dexarla de oír si no se logra esta proporción por no tener un vestido regularmente decente con que ponernos en la calle de día.

No omito poner en la superior comprensión de V.S.M.I. para lo que pueda convenir que me recelo prudentemente que mi referido don Ignacio pretenda internarse a otros lugares agravando el abandono de esta su familia, pues tengo noticia por tercera pero verídica persona que a sus parientes de la ciudad de Granada pidió en días pasados su fe de bautismo y le fue remitida.

Por todas estas tristezas y necesidades no puedo menos que reiterar mi súplica anterior exitando al intento la notoria piedad y conmiseración de V.S.M.I. para que se compela al dicho mi marido a que contribuya con la correspondiente parte para subvenir a las precisas como indispensables necesidades de su familia, o mejor fuera, a que se restituya a su casa y familia.

Dios Nuestro Señor guarde la vida de V.S.M.I. muchos años para felicidad de su Reino.

(f) MARÍA FRANCISCA RUIZ DE OCAÑA
(rúbrica)

León, 9 de septiembre de 1795

III

Guathemala. Real Palacio 3 de Diciembre de 1795. Informe el Escribano de este Superior Gobierno, M.I.S. Don Santiago de la Paz, con inteligencia del interesado, el goce y posibilidades de su oficial de pluma don Ignacio de la Quadra; y la parte que él debe y puede consignar a la manutención de su mujer y familia: señalando el medio y modo con que se asegurará mensualmente esta suministración: en cuio asunto ha de proceder entendido de que en defecto ha de ser obligado inmediatamente a reunir con ella, para evitar quejas iguales a ésta.

(f) DOMÁS

(rúbrica)

El Gobernador

IV

(Sr. Gobernador)

M.I.S.

Mucho tiempo antes de que se proveyese el anterior decreto de V.S. no daba ya asistencia a mi oficina el joven escribiente don Ignacio Quadra por grave enfermedad de cuyo mal ha fallecido; que es lo que puedo informar a V.S. A su tiempo he pedido al I.S. Alcalde de Granada de Nicaragua, su lugar de origen, el nombre y señas de sus familiares para hacerles saber el infausto suceso, pero sin recibo de respuesta hasta hoy.

Guathemala, Enero 2 de 1796

(f) SANTIAGO DE LA PAZ

(rúbrica)

V

Real Palacio, Guathemala, 10 de Marzo de 1796.
Comuníquese y archívese.
(rubricado)

Eleuterio Real

¿Cómo era el rostro de Eleuterio Real?

Lo vi pasar muchas veces por aquí, por la puerta del cuartel, pero ahora todo indio que pasa me parece que tiene el rostro de Eleuterio Real.

¡Cabo Flores! ¿Usted se acuerda de Eleuterio Real?

El Cabo Flores no me contesta. Estoy restricto y está prohibido pasarme palabra.

El Teniente Starson (USMC) es el Jefe de las fuerzas acantonadas aquí, en Matagalpa.

Apenas recibió el Comando ordenó publicar un bando a tambor batiente: "Todos los campesinos que entren a la ciudad deben dejar sus alforjas y sus machetes en el cuartel."

Todos los días los campesinos que entran a la ciudad pasan por el cuartel, saludan quitándose el sombrero, dejan su machete y sus alforjas en el corredor y reciben un cartón con un número.

¡Cabo Flores! a usted lo metió preso el Teniente porque le preguntó para qué diablos jodía a los indios... y ahora que soy yo el preso no me habla!

El Cabo Flores mira con recelo al interior. No me contesta. El Teniente Starson debe estar hecho una fiera. Hasta aquí oigo

los gritos. Debe estar mentándome la madre en inglés. ¡Qué suerte la mía!

Yo no sé quién le dijo al Teniente Starson que Eleuterio Real era baqueano de Paigua. Eleuterio llegaba todas las semanas. Bajaba de la cañada al mercado. Pasaba dejando su alforja y su machete por el cuartel. Yo le di el cartón con su número.

—¡Eih! ¡Tú! gritó el Teniente.

El indio no sabe de tú, o no oyó.

Starson bajó de un salto a la calle. Le dio una bofetada.

—¿Hablo o no hablo?

Que Eleuterio Real era baqueano de Paigua (“No lo es cierto,” dijo el indio). Que los llevaría. Que tenía que guiar a la patrulla porque él conocía las trochas inverneras (“No lo es cierto,” repitió el indio). Pero fue. Obligado fue y se extravió y Starson dijo que era traición, que estaba vendido a los sandinistas y lo amarró a un árbol en la noche y le dijo: “o recuerda el camino o al amanecer...” y le enseñó el revólver. Pero al filo de la medianoche los guardias o los brujos lo desamarraron y Eleuterio Real se fue, se perdió, se hizo humo.

Starson tardó tres días en salir de la montaña, pero antes de volver a Matagalpa pasó por la cañada, por el rancho de Eleuterio.

—No. No es de regreso, dijo la mujer.

—No. No señor. Ya contamos días de no verlo, dijo la abuela.

Y registró el ranchito pateando los perros flacos que ladraban. No estaba Eleuterio Real. Entonces quemó la choza. Se alzaron los gritos. Corrían las mujeres a salvar sus cosas, sus hijos, el saquito de sal, la carguita de maíz, la yuquita, la criaturita. La abuela cayó en los tizones y casi arde. A los gritos y las llamas aparecieron los hombres: los dos muchachos de Eleuterio y el yerno salieron del chagüite donde se escondían. Venían con los machetes. Starson ordenó la descarga. Cayeron y él los remató. Uno a uno.

A los pocos días se cortó la comunicación telefónica con Managua. Siempre pasa esto en invierno. Uno oye la voz de Sébaco,

de Darío, de Las Maderas: “Cayó la línea.” “Cayó la línea.” Pero Starson ordenó a Brown y a Wiley —dos marines del *Cuerpo de Comunicaciones*— ir a reparar la línea y reconcentró las fuerzas en el cuartel.

Brown y Wiley fueron avanzando y comunicando: “Aló, aló. Correcto. Correcto.” Sus voces se fueron alejando por el hilo. El daño era lejano.

Ayer Starson amaneció intranquilo, vociferando. A las tres de la mañana mandó tocar la diana. Se reunió con sus oficiales y destacó tres patrullas en secreto.

Todos sabíamos que algo pasaba pero no nos atrevíamos a preguntar. Starson se paseaba por la oficina atento al teléfono. Bastaba verlo para saber que estaba furioso. Andábamos en puntillas. Sólo interrumpía el silencio el saludo de los indios que pasaban dejando sus alforjas y sus machetes.

De pronto el Teniente Starson arrugó la cara:

—¡Podridos! —gritó— ¡Cerdos! ¡Cuándo tendrán higiene!

Y recorrió los rincones siguiendo su olfato e insultándome a mí que estaba de guardia.

De la esquina del corredor, donde los indios dejaban sus alforjas, se levantó una mancha negra y zumbante de moscas.

—¡Indios asquerosos! gritó Starson.

Y me ordenó que revisara las alforjas. De una de ellas, entre hojas de plátano, se levantó un olor pestilente. Me amarré un pañuelo sobre la nariz y la vacié en el suelo. Cayeron dos envoltorios. Las cabezas ensangrentadas de Brown y Wiley.

Todos pensamos en Eleuterio Real.

¡Cabo Flores, contésteme! ¿Cómo era el rostro de Eleuterio Real?

Bartolo ciego

...Uno de esos juegos de muchacho. Cortábamos carrizos de papaya, les quemábamos las puntas para no sollamarnos la boca y hacíamos cerbatanas para matar pájaros. Mi primo Lencho, por puro juego, por irresponsable —¡zas!— me dio en el ojo. “¡Ay, mamita!” dije yo viendo chispas y argollitas de fuego. “¡Ya me jodiste, Lencho!” Y él corrió afligido y me sostuvo soplando. Se me fue pasando el ardor, pero me quedó un estorbido. Seguimos jugando. En la noche, con el sereno, otra vez la molestia y más ardor y ya no podía dormir. Yo no le quería decir a mi mama porque me iba a leñatear. Pero ella me oyó revolviéndome en la tijera.

—“¿Qué te pasa? No tenés cabida en la tijera.”

—“El ojo, mama. Me lo jinqué y me punza que no lo ago.”

—“Pasate para acá.”

Y me calentaba la palma de la mano con el aliento y me la ponía sobre el párpado. Sabroso lo sentía; pero al ratito otra vez el dolor. En la mañana ya me amaneció el ojo hinchado. Allí anduve todo el día arrinconado y lloroso. No soportaba la luz. Mi mama fue por miel de jicote y me echó unas goras. Me ardió como un carajo pero me sentí mejor. Así estuve varios días, arrinconado, llorándome el ojo. Entonces llegó mi tata:

—“¿Por qué está allí ese muchacho? ¿qué le pasa?”

—“Tiene el ojo chollado,” dijo mi mama.

—“A ver, acercate,” dijo él. Y me vio.

—“¡Qué barbaridad! ¿Y como te pusiste así? ¡Ya te arruinaste!”

Pero andaba con tragos y se fue.

“Ya se va a componer,” decía mi mamá. Y me echaba miel y la abuela dijo que me pusieran una compresitas de agua tibia de hoja de mango, y como usted sabe los muchachos todo aguantan. Con los días ya me fui acostumbrando, pero como me hería la luz me tapaba con un trapo. Entonces fue que me di cuenta que ya no veía con el ojo.

—“Mamá —le dije— ya no veo con el ojo malo.”

—“Es la sangre, hijo, pero con los fomentos se te va a ir despejando.”

Y nada. Me quedé tuerto; hasta a la escuela fui y como se me puso blanco el ojo me mal nombraban “ojo de sapo” o me gritaban: “tuerto, tuerto.” Me hacían sufrir los rejudidos.

—“Mamá —le dije— yo no voy a la escuela.”

—“¡Qué dundera, por un apodo quedarse ignorante, hoy mismo te vas o te rajo!”

Pero me iba al monte, a los mangles y allí me estaba escondido. Y todo era que me vieran los compañeros para que comenzaran a gritarme: “¡tuerto, tuerto baboso!”

Así pasaría unos seis meses, qué, tal vez más, cuando una noche sentí un dolor horrible —ayúdeme a decir dolor— en el otro ojo. Toda la noche estuve que bramaba. “¿Pero qué te hiciste? ¡No me digás que te arruinaste el otro ojo!” me gritaba mi mamá. Nada, nada me hice, le gritaba yo rerorciéndome. Para qué le voy a decir: me pusieron todo, qué no me hicieron, hasta las vecinas se levantaron y yo rabiando toda la noche y todo el día hasta que me quedé dormido. Cuando me desperté, no le miento, sentí espanto. Ya no veía nada. “Mamá, mamita linda,” le grité, “estoy ciego.” Todos corrieron. Yo me daba contra las paredes y mi madre gritando a grandes llantos: “¡Se me cegó mi hijo!” Yo oía al montón de gente dentrando en la casa y todos diciendo algo: que le ponga esto, que le ponga lo otro, hasta que mi tío me cogió de la mano y me llevó al hospital. Me pusieron unas inyecciones, unas gotas, pero no, no volví a ver. Créame doctor, nadie sabe lo que son esos primeros días de ceguera. Todavía me golpean. Estuve como

loco. Le dije a mi mamá que me iba a matar y allí andaba la pobre escondiendo los cuchillos.

Me volví rinconero. No quería que me vieran. No salía. Cuando llegó mi rata de los cortes se puso a llorar. Eso sí me llegó al alma. Más desgraciado me sentía oyéndolo lamentarse. Un día volvió con una guitarra. “Si le hacés a la música tal vez podés ganarte la vida,” me dijo. Después ya no lo volví a ver. Dicen que se fue a Golfito y que allí murió de un piquerazo de cascabel. Yo fui creciendo en la casa. Para nada servía. Recuerdo que mis hermanos dijeron que tal vez en la iglesia podía ayudar porque cantaba. No pasó de hablada. Otra noche una tal comadre Rosenda dijo que bien podía limosnear y no estar arrinconado sin hacer nada, y viera cómo se puso mi mamá de fogosa. “¿Limosnear mi hijo? ¡Mientras tenga madre tendrá quien le lleve la comida a la boca!” Y le dijo a la comadre hasta lo que no quiso oír. Pero yo sabía que ese era mi destino, lo vivía pensando. Cuando se muera la viejita, ¿qué otro camino te queda? me decía entre mí nomás.

Cuando ella murió mi cuñada me dijo: “Ve, Bartolo, vos no tenés cara para mendigar; te da vergüenza. ¿Por qué no te vas a Costa Rica? Yo te doy el pasaje; en tierra extraña es más fácil extender la mano.”

—Pero es lo contrario, Bartolo.

—No crea. Mi cuñada era medio fregada pero tenía sus cosas. Donde a uno lo conocen... no es lo mismo. Se lo digo yo. Mi cuñada era muy práctica. ¡Viera cómo ha levantado a mi hermano! Ya tienen una zapatería en San José. Ella fue la que me entotorotó con el viaje. Me fui con mi guitarra. Un año entero estuve en San José.

—¿Te fue bien?

—No le digo que mal, pero tampoco bien. Pasaba fríos, me perdía; una noche hasta me robaron. Por lo menos aprendí a valerme solo.

—¿Y cómo empezaste?

—Mi cuñada me buscó un muchacho. Él me llevaba. Era un águila

el tiquito, pero me ordeñaba. Una noche que lo pelié porque se me cogió unos colones, me dejó abandonado. Lo hizo con toda la mala leche. Me anduvo dando vueltas y de repente se me fue. Tuve que ir hasta la policía. Entonces resolví volverme, y como mi cuñada se oponía, me vine escondido. Me trajo un camionero. Ese fue el que me dijo: “No volvás a Rivas, allí nada hacés. En Managua un ciego gana más que un taxista.” ¡Qué tapas de hombre... decirme eso! ¡Ya qué diera yo! Pero ¿cuándo he pasado de a medio? Tengo veinte años de limosnear, ¿por dónde no he andado? y apenas si logro juntar lo del día... ¡y menos cargando familia!

—¿Cuántos hijos?

—Sólo dos. ¿No sabía? ¡Victorino! ¡Salude al señor! Éste es el segundo. El otro le ayuda a la mama.

—¿Y la señora?

—Ahí, mercadeando. Aquí la conocí en el mercado. Buena mujer. Era amiga de la señora Josefa donde yo posaba y tratándola, tratándola, me le hice su hombre.

—¿Ya se te quitó, entonces, el miedo a la gente?

—¡Uuuuhh! ¡La vida todo enseña! Pero, ¿sabe usted doctor? una cosa no se me ha quitado: el miedo a los muchachos. Viera qué jodidos son. Vea lo que le digo: si yo dentro al mercado ahorita no falta una mujer que me ofrezca comida... ¡y me sirven como rey! tienen un corazón de oro. Pero todo ese muchachero que anda por allí es temible; me meten el pie para que me caiga, me joden, me hacen diabluras, me gritan: “Bartolo loco.” Son una mierda los muchachos. Yo les doy garrotazos,



que tenían de que por haber salido con tanto secreto, podían volver a su casa sin que nadie se enterara.”

“A lo mejor —le dijo la mujer— son temores tuyos. ¿Quién va a andar poniendo cuidado en una hablada tuya con Baldomero?”

Los muchachos venían felices y corrían adelante. Ya era cerca de la media noche cuando regresaron. Pedro Onofre empujó la puerta. Adentro estaba la patrulla, esperándolo.

Don Medardo

Fue un día muy siniestro. Se lo digo con autorizada palabra. Mi compadre hecho un llanto no transigía con aquella contrariedad. Porque no fue muerte con vigilia. Ni anuncio ni sospecha. Fue como quien dice a traición. Golpe alevoso por la espalda de la alegría que es más peor. Usted de saber sabrá o habrá oído de la fiesta. ¿Por dónde no se regaron razones y recados del buen hombre, gente a pie, gente montada: que don Medardo le espera hoy para alegrarse porque hoy llega ya en salud doña Amelia? Eso aquí, eso allá, todos estaban pendientes de la llegada y llega. Ver para creer. Robusta, rosada, una muñecota saludable doña Amelia. Volvía del temperamento después de la operación. Rebo-sante. ¿Qué decirle? Joven, recuperada en años. Viera qué bien doña Amelia y se baja del caballo bajando apenas poniendo pie ¡ay! un grito, qué sé yo, ¡aire! ¡aire! corren, corre el primero Medardo y ya es finada. ¿Ha de creer?

Que dicen que fue embolia, nombre de medicina o fallo del corazón ¿pero cómo? Todos dieron opinión y motivo, nombres dieron, murmurios. La cosa es que nadie sabe. Y Medardo dijo: ¿me la devuelven? Pues me sobran. Y ya no quiso oír. Toda la tarde lloró ardiente, enrojecidamente.

Allí estuvo, sosegado, sin palabra hasta que llegó la caja. Todo el gentío que se preparaba para la fiesta lo ve ahora moverse, cambiando trapos, color por negro, a la vela. Así es la vida. Créame, amigo, ¡el futuro es cofre cerrado!

—¿Ya la vela? preguntó Medardo.

—¡Ya! dijeron las hijas.

—Pues voy a hablarles, y las metió a la habitación. Pero ellas viéndose solas con él, ya sabe, mujeres tiernas, se echaron a su pecho en llantos y llantos.

—No —dijo Medardo— llamen al compadre.

Abrieron la puerta, alguien pasó la voz y uno y otro me buscaron. Yo estaba en el corredor, sorbiendo cafecito para iniciar la plática. Ya se me hacía la rueda en la atención de siempre porque saben mi don de palabra.

—Lo llama don Medardo, me dice alguno.

—¡Ah! ¡el compadre! digo yo y entro al cuarto.

—Síntese compadre —me dice—. A hablarles a ellas iba pero están en un mar de lágrimas. Pobres palomitas. Yo también lloré bastante. Ya despaché mis sollozos. Ahora vamos a lo práctico. Usted sabe cómo quería a la finada. Pero la vida es la vida compadre, y esta hacienda necesita mandadora. Pensé que ellas escogieran pero no tienen ojos para eso. Están muy dolidas ¡pobres! muy nubladas. Usted sí, compadre, su dolor es más lejano, más quieto.

—Pero usted sabe compadre, mi aprecio por doña Amelia.

—Sí compadre, y se lo agradezco, pero ojos son ojos. Usted puede sentir, pero el dolor le deja fresca la vista y puede escoger.

—Pero no, tata, tan pronto —dijo en llanto Evangelina—; ¡tan pronto no! ¡tan pronto no!

—Hija —dijo Medardo muy correcto— la vida es la vida. Yo no tengo tiempo para volver a lo de antes. Ya no estoy para galanteos ni menos para equivocarme. Y la ocasión es la ocasión. A la vela viene toda la comarca. Que mi compadre pele el ojo. Que tome nota de las virtudes de mi finada. Así la quiero. Igual no, claro. Igual no la repongo. Pero así, así, hacendosa, al menos hermosa, que empareje conmigo, que tenga autoridad para llevar las riendas. La hacienda necesita mandadora.

Las niñas subieron el llanto abrazadas al padre. Él, cariñoso, muy protector, besándolas.

—Y una condición— me dijo entonces. Que no se me haya atravesado en el camino. ¡Repasar sólo en la escuela!

Y siguió llorando, abrazado a sus hijas, tierno padre. El dolor de Medardo era muy de fondo. Doy testimonio.

RAYUELO Y OTROS RETRATOS



Rayuelo

Rayuelo era burlero, jodeón y mago. Vivía en enredos con todos los mandingas, texojos y sutiles del barrio aunque él decía: —Yo con los duendes y los chanecos ni los tiento. ¡Como si no existieran! Porque si se les mete joder, joden y uno ¿qué? Allí tienen a Julián y a la Estebana. Vivían en la casa de la finada Rosenda y todas las noches el cachudito chaneco va de volar piedras, pellizcar al amante, alborotar a los pantes y derramar la leche, hasta que la Estebana se obstinó: “Me voy de esta casa.” Y coge al taller de Julián y le dice al oído: “Hoy nos vamos y no se lo digás a nadie no sea que se entere el chaneco. ¡Otra vez me derramó el litro!” Y así fue. Muy al alba cogen callados sus trastes y los montan en el carretón. Pero cuando ya iban doblando la esquina, dice la Estebana: “¡Ay, se me olvidó la botella del niño!” Y oye Julián que le dicen desde el fondo de la alforja: “¡Aquí la llevo yo!”

Tío Lalo se enfurecía con estos cuentos. Un día llegaron unas mujeres. Andaban preguntando por Heriberto que lo vieron con un muchachito y ya hace dos días que no aparece por su casa, que qué se ha hecho, que si no saben, y Rayuelo dijo que sí, que él estaba con Heriberto cuando el muchachito le dijo: “Te llevo” y le cogió la mano y el hombrón de Heriberto, que estaba medio sesereque, más bien se rió: “¡Apartate enano!” y ya le iba a dar un zurdazo cuando el muchachito le pegó un tirón de la mano y se lo trajo como si lo jalara una yunta y Heriberto tamaños ojos que abre y que quiere soltarse y va de resistirse y el chiquilín se lo traía como pluma y a media calle y el hombrón hasta que jadeaba:

“¡Me lleva, me lleva!” gritando porque se lo llevaba y la gente muerta de risa y así lo atravesó por todo el barrio y Heriberto sudando al remolque: “¡Rayuelo, defendeme, esto es hechizo o qué, pero me lleva!” “Ya lo estoy viendo” le dice Rayuelo, ese “diablito es de los firmes.” Y las mujeres con los grandes ojos pelados, jesu-seándose.

Entonces tío Lalo reventó: “¡Qué muchachito ni qué mierda! ¡Inventos de este ideático!” Rayuelo ni parpadeaba. No más dijo: “Ojalá no le toque un sombrero a tío Lalo, entonces se va acordar de este servidor.” Para colmo, cuando apareció Heriberto tiznado con el calenturón y arañado sólo tartamiedaba del muchachito. Rayuelo dijo: Lo “pior es que es difícil distinguir un texoje de un muchachito. Sólo viéndolos cagar. Los texojos cagan pelotitas de cabro. Son cabroncitos que se empecinan con los borrachos.”

A veces nos sentábamos, en la tarde, bajo el malinche del patio y Rayuelo sacaba de un cofre una flauta de hueso para fifrifear y me decía: “¡Onomeye el si-fa-do qué pajarelo!” y titiritaba sonidos de pajarito porque la flauta lleva sólo pájaros muertos —decía— desde zinzonte hasta pistilo. Y ponía la flauta y me explicaba: “Ciertas flores son pájaros y más las que tienen miel. En cambio, si la flauta se toca triste es peje.” Y me daba una palmada muy entusiasta: “Vea, compadre: toda música es lengua animal. Dígame si no. El violón es roncante, está lleno de sapos y de nocturnos. El tambor es de animales de vientre. Los clarines son de a caballo. Los de cuerda, aves. Pero hay aves de agua que dan el arpa. Esas sólo se oyen en la lluvia. Y así.”

En esto estábamos cuando le llevaron un güis trístico, mortecino. Las vecinas decían que estaba muerto. Yo digo que casi muerto. Rayuelo lo acunó con las dos manos haciéndole nido, calentándolo suave. Soplándolo. Después lo llevó a la mesa y le puso un guacal encima y golpeaba despacito el guacal tas-tas-tas con el dedo. Y levantaba el guacal y ya el güis volvía, rizaba las plumas, abría el ojito. Entonces cogió la flauta y le habló música,

finita, linda, al oído. ¡Cier-to-güis! ¡Cier-to-güis! ¡Cier-to-güis! hasta que se fue irguiendo y alegrando y sacudiendo las alas y torciendo feliz la cabecita para oír la flauta. “¿Ves lo que te digo de la música,” me dijo Rayuelo. “Este güis es música. Todo su esqueletito es pura música.”

Rayuelo no daba su calado. Taimaba su índole. Las veces que vi llegar, medio secretas, muchachonas de las de azahar o viejona-s de las que han perdido poderes, dando rodeos para comprarle oraciones o sortilegios: para vengar celos, para amansar maridos o para ligarlos y Rayuelo las bastanteaba con la mirada, las cernía: “No mi muchachita, ni sombra. Si tuviera ya hubiera enderezado a la Tola,” les decía. Pero otras veces sacaba del cajón el legajo —la oración de Santa Elena, la de la Piedra Imán, la del Ánima Sola, la de la Piedra del Ara, la del Puro, la del Duende Rojo, la de Santa Marta, la Mágica del Justo Juez— y se hacía el dudoso: “No, ninguna de estas le llega a tu Rosendo.”

—Ah! y cómo sabe? decía la mujer con risa de muina.

—Vení otro día. Te voy a buscar la contundente.

Yo creo que así les sacaba. O lo hacía por burlero, porque más que matutear brujerías le gustaba el cuento. Era ideático, como decía tío Lalo. Hacía ciencias hasta de una pata de hormiga, de un bledo, de un cardillo, de un cachivache, de un tenemeaquí. Si estábamos en la noche y la cruzaba una estrella fugaz, ya estaba Rayuelo diciendo: “Donde cae una de esas exhalaciones nace un niño sabio. ¡Vaina! ¡Después crecen y vienen a enredar el mundo!” Si ronroneaba en el aire una avispa, Rayuelo la seguía con el ojo en órbita hasta que todos estábamos pendientes del vuelo. “Esa avispa se llama Cunagüi,” decía; “si te pica en el brazo te da fuerza, pero si te carga el avispero ya no te movés más, te hacés roca, pura potencia,” y nos miraba a todos de reajo, socarrón. O si llegaba con un garrobo o con un pitero y le preguntaban ¿cómo agarró ese animal, Rayuelo? contestaba: “Por parentesco.” “Vea, compadre” me decía en secreto, “el animal hay que apropiárselo. Para el garrobo, garróbese. Para el venado, venadéese. Para el tigre,



tigréese. Le aprende su voz, su baile, su meneadito, es cuestión de modito y siaca: lo imita y se le acerca. Entonces el animal se ve él, se bizquea y ya es suyo.”

Rayuelo era pozo. Cientificaba inagotable. Si eran aguas, todas se las sabía y las daba: la de romero, la de mengua lunar, la revestida, la de machigüe, la tisteada, el agua de miel, el agua de quina, la de culantro, la de caraña, la de marango, la de orégano, la de soroncontil, la de sardinillo, la de tigüilote... ¿cuál no? Y si eran mantecas todas las recetaba, la manteca de lagarto para el malaire, la de mono pancho para el asma, la de cusuco para la pulmonía, la de gallina para las liras, la de garrobo para los quistes... Era zajurín. Se lo digo en serio.

Cuando yo lo conocí, Rayuelo tenía una su mujer, alegrona, de las que bailaban el bullicuzcuz. Se llamaba la Tola. Tío Lalo decía que se la había levantado de una cantina. Era ancona, de las que despejaba la calle cuando pasaba. Un día llegó la hermana de Rayuelo furiosa:

—¡Ve, Rayuelo, vas a desentejar el techo con la ramazón! ¡Tené vergüenza!

—¡Esas son habladas! —dijo Rayuelo— ¡Envidia que le tienen a la Tola!

—¿Envidia por ese negro trompudo?

—¿Qué negro?

—¡El negro de la herrería! ¿que no tenés ojos?

Cuando se fue la hermana, Rayuelo sacó la baraja y estuvo echando cartas. “Vea compadre” me dijo, “¡créale a las habladas!” Y me leyó: “Vea espadas: lealtad; vea corazones ¿qué le dicen?... ¡no marcan cuernos las cartas!” Pero el día del aluvión ya no le dio el naipe. ¿Recuerdan el aluvión? Tres días lo pronosticaron los sapos. De solar en solar mugicroaban roncós que hasta creo que eran sapos-bueyes. A los tres días rompió el temporal. ¡Qué llover más parejo! Fue un aguaje sin descanso, un solo palo de agua hasta que a la tertia noche rompió la correntada. Cuando vimos que se llevaba el puente nos montamos todos a los techos.

Entonces fue que pasó la gran cama de cuero del negro Pompilio y arriba el trompudo con la Tola agarrados a los bolillos y berreando de miedo.

—¡Ajá! le gritaban desde los techos. ¡Durmiendo con el negro Pompilio!

—No, si sólo se la estaba arreglando, gritaba ella de paso dando tumbos.

Y se los llevó la cortiente. Aunque no apareció el cadáver todos la dieron por muerta.

Al día siguiente, cuando ya pasó el desastre, fui donde Rayuelo. No estaba. Dijeron que andaba con el gentío del barrio buscando el cuerpo. El sábado otra vez me dije: “Voy donde el compadre; debe estar de pésame.” Pero ya viudo no paraba. No lo hallé. El domingo tuve que irme a mi recorrido por los pueblos. Le vendo productos a la *Laber y Tonson*. Como dos semanas estuve fuera. De regreso me acordé: “No le he dado el pésame a Rayuelo.” No más llegando me fui a buscarlo. Golpié la puerta y cuál es mi susto que me abre la Tola —¡ideay! ¿cómo es la cosa?— y casi me voy de espaldas, ¡venía a dar el pésame y me abre la difunta!

—Ya volví, me dijo sonriendo. Pasá. Rayuelo está adentro.

Cuando me vio el compadre no lo hallé decidior como otras veces. Estaba serio. Decía cosas de medio lado. Hasta que la Tola dijo: “Voy a ir a comprar los plátanos.” Todo fue que saliera y acercó el taburete: —Compadre, le debo una explicación. No farfulle que le leo en los ojos: quiere saber de la finada. Pues oiga: apenas pasaron los ocho días del rezo vengo yo merodeando con el hambre de siempre pero viudo. “¡Ah, Rayuelo! —me venía diciendo— ¡ahora vas a cocinar como todo un maricón!” Pero abro la puerta y allí estaba la mesa puesta con la comida calentita. “Esta debe ser alguna comadre corazón bueno que se condo-lió del viudo,” pensé para mis adentros. Pero me fui a preguntar por el barrio ¡y nada! Al día siguiente otra vez la comida servida: de rechupete. Entonces dije yo: aquí hay misterio. Porque hay veces que Yaol anda por las cocinas pero nunca había oído decir

que para cocinar sino para derramar la sal o para quebrar las ollas. Yaol es de los adversos. No hace favores. “Mañana espío,” pensé. Me hice como que iba al trabajo pero me quedé en los billares el ojo en la puerta. Dando las doce entró una perra. “Alguna perra hambrienta,” dije yo, y me fui a la casa. Entrando yo y sale la perra zumbada. Allí estaba la mesa puesta con los platos vacíos. “Se me habrá volado la comida esta maldita perra,” dije yo. Entonces ya me hice mis planes. Los pensé bien. Al día siguiente muy despreocupado salí chiflando para el trabajo pero al llegar a la esquina de los Vados di vuelta y me volví por la otra calle, me salté la tapia, entré a mi casa y me escondí detrás del bufete. Ni mucho rato esperé. Oigo las uñitas de la perra y la veo entrar. No más llega a la cocina y ha de creer, compadre? La perra se para en dos patas, se quita la piel y veo a la Tola. “¡Ah!” dije yo, “¡aquí te agarro!” Salto del escondrijo y agarro la piel. “¡Ah, Rayuelo, ya me desgraciaste!” me gritó la mujer. Pero cogí la piel y ¡chas! con el machete la pedacé.

—¿Sabe lo que era todo? y me quedó viendo muy sutil.

—No, le dije yo.

—Brama. Legítima brama. Pero guárdeme el secreto.

Michín

Como el bote tenía un agujero sentaron al niño Michín sobre el agujero y fueron viajando. Allí está si que, en llegando, el niño salta al fango de la orilla y todos le ven cola de sapo. Y Michín ya se queda allí, desaparece, y va de buscarle y nada.

—¿Y qué? dije yo.

—Pues nada. Es peje ya Michín.

El abuelo

El abuelo compra palomas. Desdentado quiere carne suavita y cuece y cuece. En lo que se aparta del fogón salen las palomas y vuelan fuera. Se van.

—Mala suerte, abuelo— le dice el perro. Te anda la mala porque nunca se vieron palomas que se vayan de la olla en vuelo.

—De malas es que un perro hable— dijo el viejo y cogió el machete y ¡chas! le dio en la cabecita.

Dijo entonces la olla con vocerrón:

—De malas amaneció el güegüe: se le vuelan las palomas y le habla el perro.

—De malas, peor que me vocee la olla —dijo bravo el abuelo, y con el palo le dio en lo redondo y cayó toda el agua en el fuego y apagó hasta las brasas.

—Ahora sí que amaneció de malas— gorgoreó la tinaja. Ni fogón, ni olla, ni palomas, ni perro.

—¡Ah? ¡También la disimulada me empeora?— gritó el abuelo y con el mismo palo quebró la tinaja.

Ya al caer la tarde el abuelo se rajaba de hambre y de sed y miraba sospechoso aquí y allá. Pero ¡ni moscas!

—Ahora sí creo que amanecí de malas— dijo. Y se echó en el tapesco.

—¡Con que lo cree!— dijo el tapesco.

Y se partió en dos y abajo se vino el viejito y allí quedó quebrado diciendo:

—¡Así hay días!

Camino-Solo

En Camino-Solo es donde los muchachos esperaron a la Mocuana. Ya se las debía. Cuando pasaba en la nochecita le cayeron encima. Le metieron un saco en la cabeza y le dieron machetazos. —“¡Aquí se acabe esta bruja pendeja!” Y la dieron por muerta.

Apenas salió la luna se levantó la Mocuana y se ve cubierta de heridas. —“¡Ah! ¡cómo estoy de heridas! ¡voy a quitármelas!” Y se despoja de ellas y las echa al camino.

—¿Ahora quién pasa por Camino-Solo?

—¡Nadie! Está intransitable.

El rey Pijul

La reina de las Pavas se casó con el rey Pijul que era verde y terrestre. Pero la una tenía su casa en el cielo y el otro en la cueva de los Comejenes. Dijo la reina Pava:

—Que se ponga el rey este vestido de plumas que le regala la reina.

Y el rey Pijul se vistió el vestido de plumas.

—Ahora que vuele.

—Tengo miedo— dijo el rey Pijul.

Entonces la reina llamó a sus cuñados y subieron al rey Pijul al cerro, lo pusieron en el pretil y lo aventaron. La reina Pava volaba detrás por si las moscas. Y se abre el Pijul y comienza a dar vueltotas y vueltesotas de aire a aire y le va gustando la cosa. Y bate los brazos y más arriba y más arriba. Y la reina le grita: —“¡No tanto, Pijul, que te quemás!” Y él ni oía. Entonces los cuñados fueron a traer la escalera y suben y suben hasta que dan con el rey Pijul todo tizado.

Lo bajaron con miramientos, pero la reina Pava cuando lo vio le hizo mala cara. Daba lástima el rey Pijul. Y así se quedó, negrito como hijo de Zopilote, y medio tonteco, que ni sabe qué hacer con las alas.

ZOOSOFÍAS



El conejo

Purísimo miedo. Lo tomas en la mano y su asustadizo corazón se acelera. Mas lo toma la fábula y salta de vacilante a osado, de temeroso a audaz. Burla al coyote. Domina con su ingenio la fuerza del buey y del lagarto. Impone justicia en la violenta monarquía del tigre. (Ver: *Cuentos de tío Coyote y tío Conejo*. El conejo en esos cuentos, los más populares de Nicaragua, ha sido convertido en el héroe animal, vencedor con sus ardidés de todos los otros animales, mayores en poder, saber y astucia: coyote, zorra, tigre, mono, etc.).

Entre el animal y su fábula hemos perdido la lengua. El salto del conejo es el del mestizo: de una lengua por encima, a otra por debajo: de “conejo” (de Castilla) a *tochtli* (náhuatl); de la hortaliza a la mitología. (El mestizo es el ser que habita en una mitología en ruinas).

Tochtli tenía su madriguera en el calendario náhuatl; pero perdimos el calendario. *Ometochtli* era la fecha (día 2 Conejo) y “decíase que cualquiera que nacía en este signo sería bebedor y disipado y bebería aun en ayunas y en amaneciendo y empenaría sus mantas por adquirir su conejo, su diablura.”

Tochtli estaba en el calendario que es tanto como en el cielo: diosecillo del pulque y de la chicha. Estrellero. Las hazañas del conejo las alimenta el alcohol.

Por eso *Centzontotchtin* o los “400 conejos” era el nombre que los nahuas daban a la constelación de Las Pléyades (la constelación que mis abuelos campesinos llamaron las “Siete Cabritas”):



un enjambre de estrellas pequeñas, nítidas y lejanísimas, tal como se mira desde mi ventana, en el lejano barrio, el grupo alegre de guitarras iluminado por la puerta de Hortensia.

Invoco a la mulata en su cantina porque es allí donde Las Pléyades recuperan esta noche su titilante y nativa alegría: las 400 formas de romper la miseria; de abrir (decía el canto indio) “hacia la luna la casa de la tristeza.” Casi podemos oír al maestro (al *Tlamatini*) dictándole a Sahagún su catálogo. Y Sahagún escribe: las “400 [traduce: las diversas] maneras de borrachos”:

*Porque tienen muchas y muy diversas maneras de borracherías:
 Los que por razón del signo les es perjudicial y en bebiendo luego
 o caen dormidos o pónense cabizbajos, asentados y recogidos
 [los dormilones].
 Los que luego comienzan a cantar y sólo reciben consolación
 en el cantar [los cantadores].
 Los que luego comienzan a hablar [los habladores].
 Los que alzanse y mueven la cabeza diciendo que son ricos
 [los invitadores].
 Los que son como mudos y a todo asienten
 [los complacientes y sonrientes, los cabeceadores].
 [Los suspicaces]: Y si alguno ríe piensan que se burlan de ellos,
 y si alguno habla, sospechan mal que lo critican.
 Los que aúllan y dan voces diciendo que son valientes [los valentones].
 [Y los alborotadores], que andan alborotando y en las calles
 impiden y estorban a los que pasan.*

Los que ahora te despiertan. (Los 400). Escúchalos. Estropean tu sueño. Tu hortaliza. Pero no dejes que su incomodidad despierte al puritano. Ellos están derribando la gruesa puerta de la noche: un azul luminoso pueden sus ojos atrapar. Ellos, arqueólogos de la alegría: allí la encuentran.

Y Sahagún agrega: “Si algún borracho se despeñó o se mató decían: aconejóse.” Al morir el bebedor (es decir al despertar)

el conejo perdía su fábula y su magia. Volvía en sí. Volvía a tierra. Volvía al miedo. Al temblor de la “goma,” de la cruda. (Según Chavero, *tochtli* representaba la Tierra, y por eso los nahuas creían ver un conejo reflejado en el espejo de la luna). Pero *tochtli* perdió su lengua. Al hundirse la palabra, el conejo “aconejóse.” Los cuentos nicaragüenses de “tío Conejo” son los escombros de un mito.

Por eso también en el vino del mestizo queda viva la mona (la “mona alegre” y la “mona triste”), queda el chanco, queda el perro. No el conejo. A *tochtli*, el conejo, lo vemos ya bebido (el medroso ya héroe) en los cuentos. En su fábula: con el conejo comienza la ficción. La borrachera: ignorábamos que era un borracho “perdido.”

El basilisco

Los indios (los nicaraguas) dijeron a Bobadilla: “Con la mirada algunos hacen daño. Hay niños que mueren a consecuencia de una mirada.” (Y los vestían de rojo). Con el ojo comenzó la destrucción. Por el deseo. *Texaxe* o brujo —dice Molina— viene de *xoxa*, “que es tanto como aajar, o hechizar, o ojear a otro.”

Pero Jaime Villa —el joven zoólogo— lo atrapó en la ribera pantanosa y lo metió en un saco y volvíamos con el basilisco en el automóvil cuando escuchamos sus uñas arañando debajo de los asientos y nos detuvimos. La mitología es incómoda en automóvil. El ojo —el ojo impúdico y fijo— enemigo de la velocidad: detiene! “A sus pies caen muertos los pájaros,” escribió Borges (*Manual de Zoología Fantástica*) y agrega: “Reside en el desierto; mejor dicho, crea el desierto (con su mirada).” Jaime Villa es científico; yo, virgiliano —hijo y nieto de gente bucólica—, y vi el ojo de serpiente ojeándome, hechizándome: millones de años en la mirada (desde el comienzo de la agresión y del deseo) y recordé la mirada oculta, detrás de lentes oscuros, del “investigador” y la capucha —dos ojos en la faz encubierta— del inquisidor. (Dos ojos: siempre son dos ojos los que se clavan antes del crimen. Preceden al puñal y al chuzo eléctrico). Ojo: espejo del alma. Lo único del animal que no se come el civilizado (Stevenson), pero comes con los ojos, comes a la mujer —ojos que ven, corazón que siente— y el animalito me ve, me trae entre ojos. Y Plinio: “Es temible serpiente, cuya mirada rompe las piedras y quema el pasto.”

Y *La Farsalia* (LIBRO IX):

*La sangre de Medusa
produjo al Basilisco armado
en lengua y ojos de insanable peste.*

Y el decir del pueblo: “es hijo de gallo y de serpiente.” Y Jaime (enseñándome a Cope): *Basiliscus plumifrons*, “Iguania,” ¡una simple iguana coronada!...

¡Pero le ha sido dado un nombre! ¡El pueblo sabe de ojos! (OJO: advertencia). Lo deriva desde el sánscrito ॠ aksī = penetrar. “Ojos malos, a quien los mira pegan su malatía.” Ojo de rey. *Basileus* es rey (el que devora la hacienda de los pobres); y *Basilisco*: pequeño rey (y los pequeños reyes son peores que los grandes). Y la mirada del pequeño rey, del príncipe, del tirano, es la que crea el desierto, el mal ojo (del Poder), el enojo (del Azar) y el gran ojo



(el obstinado e implacable ojo de Grandville que cita Bataille), en la noche, como un astro obstinado y siniestro, la pupila abierta en las tinieblas, o el Gran Hermano, de Orwell, omnipresente.

Y ahí tienes al animalito de sangre fría, el gallo cuadrúpedo con su piel ofidia, verdes hasta un azul de fuego sus aletas dorsales, respirando ira, hinchándose, estirando sus largas y delgadas uñas, *Basiliscus plumifrons*, una simple iguana coronada por un nombre, mirándome, clavándome el ojo, su pequeño, fijo, hostil ojo de serpiente, ojo que reta al ojo (“ojo por ojo”) a morir o matar.

PROSAS DE CIFAR



El remero

Un verde silencio lacustre, bordado de hojas que caen sin ruido, aves zancudas acechantes e inmóviles como estatuillas de un salón oscuro y deshabitado, pequeños insectos que producen leves círculos de cristal en el agua quieta, juegos de luz desfallecida, proclaman —en las salvajes enseñadas del sur de Zapatera— el final de la tarde.

La canoa o bote avanza costeano. Mi remero, por largos ratos, sólo se diferencia de una perfecta máquina en acción por la mirada investigadora con que mira todas las cosas, una a una y de una sola vez, para reunir las en su inteligencia —viva y primitiva— y levantar con ellas pensamientos que yo ignoro. Su cuerpo lleva un ritmo maquinal. Brazos, pulmones, sangre, nervios, piernas, todo ha sido disciplinado —por una larga práctica desde los primeros años de vida— para que este movimiento alcance su total perfección y su plenitud de eficiencia. El remo siempre cae cortante como una precisa cuchillada. Corta el agua y se hunde en un milagro de cálculo, sin provocar ni una gota de protesta en el agua herida. Luego el brazo hace palanca con fuerte suavidad, y el avance se siente en un sordo triunfo sobre el aire y sobre el líquido que en vez de aparecer como obstáculos, más bien apoyan el empuje y gozan del avance. Cumplido el golpe de fuerza, el remo sale, vuelve en el aire como una aleta de pez, y repite, sin quebrar el ritmo, ocultando casi su energía, el exacto ciclo motor. De aquella serie de movimientos concertados, que dibujan en el aire una extraña simetría —como todos los movimientos útiles

del hombre— el agua sólo recoge lo que el espíritu pretende, y a tanta línea diversa del cuerpo y de sus instrumentos, ella sólo responde con una línea murmuradora, estela de recto cristal burbujeante que en su líquida geometría resume la ruta.

—¡Atienda a la caña! ¡No la deje caer!

La voz, apenas emitida del remero, parece sorprender a todo el paisaje, como si un grito interrumpiera el silencio de un templo. Un ave cazadora levanta su pico y los ojos alarmados, fijos y llenos de interrogante estupidez, parecen investigar un crimen secreto que nosotros ocultamos. Luego chilla y vuela. El remero, sin volver el rostro —aunque va de espaldas— mira en la estela mi distracción. He dejado caer el rumbo. Y aunque llevo la dirección con un canaleta o paleta de remo, su estirpe de capitán marinerero le obliga a la palabra “caña,” brazo del timón, instrumento donde ha vivido toda la aventura vital de su existencia.

Procuro recobrar la línea directa de nuestra navegación. Una leve sonrisa del remero apoya mi fácil maniobra. ¿Qué producirá su sonrisa? ¿Una benevolencia a mi distracción? ¿Una paternal superioridad al ver que yo puedo ser infiel a algo tan claro como la línea de la ruta? Su sonrisa puedo aprovecharla para entrar al vestíbulo de su silencio.

—¿La lancha Santa Lucía es tuya?

—La hice hace años. Está medio vieja.

—Pero es corredora.

—Buena. Sí.

—¿Sos viejo de andar en agua?

Se ríe. Hace una señal inmensa. Toda una vida.

—Desde chavalo. Soy de las islas.

Corta el golpe de los remos. Cruza las paletas sobre sus piernas y enciende un pequeño puro negro. Su rostro comienza a arrugarse ultrajado por los años y los vientos. ¿Tendrá cuarenta años? Bien puede tener más. Bien puede tener menos. Porque a veces parece un joven a quien envejecieron un poco los golpes de la vida. Y a veces parece un viejo a quien los embates de la vida no

lograron borrar su viva juventud. Rostro moreno quemado. Duro. Y unos ojos silenciosos, severamente custodiados por los párpados y las cejas, pues si éstos se recogen, no queda más que una mirada impasible en un rostro mudo. Parece que con un solo movimiento de las cejas y la frente este hombre deja de ser quien es para formar parte, como un elemento, del teatro y naturaleza de este gran Lago trágico y hermoso.

El viento

El playón, bajo un cielo de zinc, de luz difusa y cegadora, apenas movía la pequeña embarcación de diez varas. Íbamos siete apiñados, guardando grandes silencios y con las cejas fruncidas por el resplandor. Las calmas de invierno, en los meses de agosto y septiembre, no son como en el tiempo de los sures, completamente desesperantes. De una hora a otra cambian y puede sobrevenir un airecito que comienza tenue y luego, con la salida de la luna, se hace fuerte, fresco y arreador. La luna no se ve. Pero se sabe que ha salido por el viento.

—“Ya va a cambiar el tiempo,” dice el timonel, un indio con sangre negra diluida, hombre de pocas palabras y de ojos inteligentes.

—“Hay que chiflar al viento,” dice otro, un indígena de la Isla de Ometepe.

En diciéndolo silban con fuerza, con monotonía como arreando ganado. Luego le gritan. Y el viento llega. La vela lánguida y desmayada se infla y retoza a la primera caricia. Luego se encorva con gracia, hace una hinchada curva con su ala y cabecea como un alegre cabro alado que quiere retozar. Delante de la proa el agua herida adquiere un rumor burbujeante de invisibles peces.

—“Ahora sí,” dice uno.

Y entra cierta alegría, cierta locuacidad inmediata como un estallido de la paciencia.

Apunte al amanecer

El lucero madrugador subió sobre el Lago en un horizonte frío y transparente. El agua, todavía gris, murmuró una oración al nuevo día: sílabas de espuma, palabras en breve cadencia de olas. Y un reflejo del horizonte, traspasado por los primeros rayos, pintó el agua con ese color etéreo de las alas de los ángeles, que sólo es posible mirar por pocos segundos en el milagro cotidiano del amanecer. Navegábamos desde el primer canto de los gallos. Ahora todas las aves ribereñas: las garzas rosadas, las blancas y las morenas, el martín-pescador, las cuacas, las gallinitas de playa, los tsgüices, todo el variado coro alado que canta la magnitud del Gran Lago, sonaba sus clamores destemplados, sacudiendo con sus plumas las últimas tinieblas. Bajo el agua los peces también cantaban en su inaudita escala. Veníamos de Altagracia, el viento crecía, refrescaba. Y de las costas del Menco como de las de Zapatera, los árboles parecían despertar moviendo sus copas y precisando sus siluetas a la luz novicia de los albores. Entramos por Boquerón buscando la Isla del Anono —frente al Bambú— donde se quedaría uno de los marineros que andaba cazando lagartos en las ensenadas del Volcán Madera. En el estrecho paso de Boquerón y luego en la cruzada hasta el Morro, el viento hace locas jugadas entrando del este y del sureste por las hondonadas y altibajos de la Isla de Las Zapatas. La vela se infla con fuerza, tira del bote con imprevisto empuje, para quedar después flácida y decaída. Si el viento es recio, uno de estos golpes imprevistos puede dar vuelta al barco, o al menos hacer virar la botavara con



tal rapidez que el timonel cogido por el golpe cae al agua, casi siempre sin sentido. Dos veces la botavara golpeó en el hombro al timonel, quien se indignaba con ella como con una mujer necia.

—¡Ah, jodido! ¿Te vas a estar quieta?

NOVELETA



¡Vuelva, Güegüence, vuelva!

I

(EL TELEGRAMA)

El telegrama pasó de mano en mano, leído, comentado, repetido, gritado de vecino a vecino, de casa a casa, de calle a calle, de solar a solar. El Güegüence lo recibió muy de mañana y tardó bastante en deletrearlo después de dar las gracias al mensajero y de cerrar la puerta para que nadie fuera testigo de sus esfuerzos. —“Qué dice aquí muchacho?” preguntó a Ambrosio, su entenado. (Ya lo había leído pero necesitaba comenzar a transmitir su gozo). Entonces la Golondra, su mujer, se lo arrebató, impaciente y leído por ella salió el papel al vecindario: lo vio el Alcalde, el Comandante, el Cura. Y comenzaron los curiosos a preguntar, los vecinos a llegar y los amigos —pues ya todos eran amigos— a festejar la noticia. Bajaron los del lado del Cementerio. Vieron la estrella del cohete. —“Qué se tendrán por la plaza?” dijeron. Y subieron también los del lado del Rastro. —“Vamos?” se preguntaron unos a otros, y unos a otros se dijeron: —“Vamos.” Otros cohetes y el rumor de la gente que subía entre las huertas y las calles animó también a los del Trillo. Unos venían emparejados y adelante los muchachos corriendo. Otros en grupos. Y cuando contaban del telegrama daban gritos o se decían: “Parabienes al Güegüence!” Y los Ñurindas compraron triquitraques en la esquina de la Chabela. Los Potosme trajeron su marimba. Eustaquio su guitarra.



Iban todos llegando. Unos tímidos y dando rodeos para no descubrir desde la entrada su curiosidad; otros con la pregunta gritona y a boca de jarro, o quedándose a la puerta en platicaderas y risas, o saludando a voz en cuello: “Ideay, Güegüence! Hola Güegüence!” y bebiendo, y tomando “A la salud!” y escupiendo y borrando la escupida con el pie. Los más jóvenes escapaban al estanco por más aguardiente. Las mujeres se hablaron y acarrearón comida. Se arreglaron mesas. Se enjuagaron jícaras y vasos y fue llenándose de taburetes y de bancos la calle y de guitarras y de cantos y de perros que ladraban y corrían y de niños que hacían también su fiesta rodeando de gritos las conversaciones simultáneas de las mujeres y los diálogos de los viejos, mientras el Güegüence entraba y salía, saludaba, bebía a veces pero poco, o se hacía el sordo o no oía, o regañaba al hijo, a Forsico y más al entonado, al mentado Ambrosio —a quien tres veces encontró bebiendo un trago doble de aguardiente detrás de la puerta— o atendía, de preferencia, a las muchachas, aceptando todas las consecuencias del telegrama: honores, felicitaciones, abrazos. Y sentirse sobre el Alcalde, sobre el Comandante, sobre el Cura. Y oír que decían: la “fiesta del Güegüence,” la “suerte del Güegüence,” y que los borrachos gritaban “Viva el Güegüence.” Y poder hablar de él, hablar con tanta gente pendiente, creyente, correligionaria, colgada de sus labios. Contarles de él. De sus mazorcas que eran las más grandes del pueblo. De su arrozal que daba más arroz que el arrozal de don Camilo. De su macho —el famoso Macho-ratón— que no encontró par en las fiestas de Santa Ana. De su viaje a Veracruz. De su viaje a Verapaz. Y repetía sus historias. Y unos decían que ese cuento ya lo contaba su padre y otros —los más viejos— que también lo contaba su abuelo, porque el Güegüence era hijo y nieto de Güegüence, pero hacía suyo todo lo que estaba en su memoria o en su imaginación y los muchachos y muchachas lo rodeaban para oírle cuando venía por una calle derecha y columbró una niña que estaba sentada en una ventana de oro. Y ella que le dice: “Qué galán, el Güegüence!”

Qué bizarro, el Güegüence! Aquí tienes bodega, Güegüence! Entra, Güegüence! Siéntate Güegüence! Aquí hay dulce, aquí hay limón, Güegüence!” Pero Ambrosio, el entonado, interrumpe: “Qué mentiras las de mi tatita!” Y el Güegüence hubiera respondido al muchacho con sapos y culebras si no entra Forsico con el telegrama roto, sudado, gastado y manoseado y se arma el escándalo y los gritos: —“Quién lo puso así?” —“Ya arruinaron el papel! Ya le borrarón las letras!” Y el Alcalde: —“Eso sí que no, Güegüence! Hay que ir al telégrafo.” Y el Comandante: “Este telegrama no se pierde!” Y salieron unos y se agregaron otros a golpear la puerta del telegrafista para que repitiera el telegrama: con la misma letra, con la misma tinta, mientras docenas de ojos vigilaban con la respiración contenida la pluma temblorosa y desusada carraspeando sobre el papel.

Cuando volvieron con el telegrama renovado, comentándolo otra vez, dándole de nuevo su importancia y sacándole las conclusiones, el baile apisonaba la calle a la luz de las buenas tardes. Le gritaron entonces al Güegüence palabras alegres y la Golondra, su mujer, que repartía, junto con otras mujeres, pan dulce y rosquillas al gentío, se le acercó para recordarle que ella le había dado la idea de poner el telegrama al Compadre, que si no hubiera sido por ella ni pone el telegrama ni recibe la contestación y que tenía que seguir hablándole, porque como decía todo el pueblo, si no se aprovechaba ahora no tenía cuando. Y esto inquietó al Güegüence y se echó un trago doble de aguardiente buscando luego al Alcalde para hablar de otra cosa, aunque nadie hablaba más que del telegrama y unos a su modo y otros al suyo, entre baile y baile, entre canto y canto, entre trago y trago, le proponían o le recomendaban o le aconsejaban lo que ya sabía que le iba a decir la Golondra, su mujer, cosa que le gustaba y le disgustaba y que, por lo mismo, le producía desasosiego y angustia y por las dudas se echaba otro trago y otro y otro hasta que, pasada la media noche, Forsico y Ambrosio y tal vez el Alcalde y tal vez hasta el Cura y el Comandante lo llevaron a su tapesco, lo desvistieron,

lo acostaron, hablaron, y él se dio vuelta y... allí estaba el Macho-ratón —¡vea qué cosa!— su amigo el Macho-ratón!...

MACHO-RATÓN. —¡Qué juma, amigo Güegüence!

GÜEGÜENCE. —¡Déjeme, amigo Macho-ratón!

MACHO-RATÓN. —¿Déjeme, dónde?

GÜEGÜENCE. —Donde el conde que me monde.

MACHO-RATÓN. —Lindo paraje.

GÜEGÜENCE. —Hijo mío, Macho-ratón: ¡suspenda la ronda en el paraje!

MACHO-RATÓN. —¿Ronda, Güegüence? ¡La cabeza que te da vueltas!

GÜEGÜENCE. —¡Suspéndase música, bailes, cantos, danzas, sones, mudanzas, que habla el Güegüence en el Cabildo Real!...

MACHO-RATÓN. —¡Ah, puta juma!

GÜEGÜENCE. —¡Ah, qué congoja, amigo Macho-ratón!

MACHO-RATÓN. —Cuando ven macho amarrado a todos se les antoja viaje.

GÜEGÜENCE. —Dice el dicho.

MACHO-RATÓN. —Pues, ¿por qué dar brincos estando el suelo parejo? ¡Al viaje, Güegüence!

GÜEGÜENCE. —¡Nadie ha correteado más que yo! ¿Por dónde no, Macho-ratón? Por los Diriomos, por los Sutiavas, por esas tierras adentro, arreando mi recua, guiando a mis muchachos, comiendo y descargando y vuelta a cargar, pero siempre de paso.

MACHO-RATÓN. —¡Si habrá vida aquí, amigo Güegüence! ¡Centaveando! ¡Jodiéndose! ¡A puro sudor cada bocado! ¡Y dígame a mí, con garrapatas en las patas, patacones en los cojones, mazates arriba, pulgas abajo!... ¡Pruebe fortuna, Güegüence!

GÜEGÜENCE. —¿No te duele dejar?

MACHO-RATÓN. —¡No me duelen prendas, Güegüence! ¡Quien nada tiene, nada pierde!

GÜEGÜENCE. —¡Ah, qué sentimiento! ¡Dejar en su nidito la torcaz!
Dejar la gongolona, la poponé, la totonaca, la urraca,
el zenzontle, el güís, el sisitote... ¿Quién es el Güegüence?
¡Lo que oye el Güegüence!

MACHO-RATÓN. —Lo que oye el Güegüence: regaños de la Golondra,
pleitos del hijo, malacrianzas del entenado, cobros del
Alcalde, impuestos del Comandante, consejos del Cura, regateos
del compadre, gritos del vecino... ¡al meado y al bote, Güegüence!

GÜEGÜENCE. —¡Ah, Macho ingrato! ¿Acaso digo sólo lo que oigo?
Lo que oigo y veo me hacen! Si la laguna, lagunero. Si la sabana,
sabanero. Si la montaña, montañero. Y por el ala del sombrero
se conoce al iguanero. ¿Quién es el Güegüence? Lo que vive el
Güegüence. El camino a la laguna. El adiós del compadre.
La voz de la muchacha. El volido del gurrión. La leche de la luna.
El coleo del perro. El madero del jicote. La sombra del guaya-
cán. La seña del elequeme. El olor del nance. La flor del jilinjoché...
¡Ah, mi tierra! Mi guapinol, mi potrero, mi guayaba,
mi limón, mi naranjo, mi pital...

MACHO-RATÓN. —¡Pues, alcen, muchachos! ¡Miren cuánta hermosura!
¡Cajonería de oro, cajonería de plata, güipil de pecho,
güipil de pluma, medias de seda, zapatos de oro, sombrero de
castor, estriberos de plata! ¡Cantidad de hermosura! ¡Ofrézcame
la estrella de la mañana que relumbra al otro lado del mar!

GÜEGÜENCE. —¡Pues bien está el pájaro en su nido!

MACHO-RATÓN. —¡Pues al pobre el sol se lo come!

GÜEGÜENCE. —Pues la ambición rompe el saco.

MACHO-RATÓN. —¿Pues adónde tela si no hay araña?

GÜEGÜENCE. —Pues más vale pájaro en mano que cien volando.

MACHO-RATÓN. —Pues por bien estar, poco es mucho andar.

GÜEGÜENCE. —Pues quien mucho abarca, poco aprieta.

MACHO-RATÓN. —Pues quien busca, encuentra.



GÜEGÜENCE. —Pues cuando un pobre se haya un caíte, es sin coyunda.

MACHO-RATÓN. —Pues el que madrugó un taleguito se halló.

GÜEGÜENCE. —Pues más madrugó el que lo perdió.

MACHO-RATÓN. —Pues quien tiene plata platica, y por la plata baila el perro y la buena cena con plata se cocina y en sonando la moneda se llena la bodega. ¡Ah, Güegüence: no hay más tren que el que pita, ni más jabón que el que echa espuma! Tin la moneda, tin riqueza, tin hermosura, tin belleza, tin la muchacha, tin la putita, tin la mochonga, tin la petaca...

GÜEGÜENCE. —¡So! ¡Macho hambriento! ¡Macho chiclán! ¡Macho tiñoso! ¡Moto! ¡Trotón! ¡Maneto! ¡Coyote! ¡Chapín! ¡Curcuchó! ¡Lunanco! ¡Zonto! ¡Cabresto! ¡Pelado! ¡Pechuza! ¡Pinche!

Cuando abrió los ojos —con una rueda de saliva sobre la almohada— ya los muchachos, Ambrosio y Forsico, rajaban leña en el patio y hablaban de él. —“Buena mona” decía el entenado mirándolo de reajo con su mala sonrisa. El Güegüence se sentó en el tapesco y los vio reírse y secretarse al pie del palo de mamón donde los zanates revoloteaban y chillaban a cada golpe de hacha, mientras sentía que la cabeza se le encendía como una bola de fuego.

Estaba sirviéndose agua de la tinaja, cuando la Golondra, que soplabla las brasas de la cocina con un sombrero viejo, se le fue directa al asunto.

GOLONDRÁ. —¡No hubo uno del pueblo que no me hablara ayer del viaje!

GÜEGÜENCE. —¡No me he ni enjuagado la boca y ya me venís con problemas!

Y allí se trenzó la discusión. La Golondra que sí. El Güegüence que no. Ella, que debía de hacerse el viaje. Él, que no debía de hacerse, que era locura. Y la Golondra: que hay que probar fortuna, que sin merced del grande el pobre no sube. Y el Güegüence:

que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena, cuando ¡Tan! ¡Tan! sonó la puerta y el Güegüence malhumorado: —“¡Ya va!” —dijo desde dentro y se fue a abrir y al abrir ¡ay mamita! se le fue la sangre a los pies —“¡Qué ocurrencia!!!” (le habló bajito, soplando las sílabas como si estuvieran calientes) “¿cómo te aparecés aquí, Bululita?”

Y la vocecita de ella:

—“Le vengo a decir, Güegüence, que ya me sembró un hijo.”

—“¡Shsssh!” (Volvió a ver de reojo, hacia el interior de la casa).

“¡Callate, qué lugar y qué horas para venirme con eso!”

Y ella retobada:

—“Le digo lo que le digo.”

—“Pues ya te oí. Ya lo supe. Ahora regresate que ahí te llevo a ver. Todo se arregla, Bululita, todo!”

—“Ya le he dicho que no me diga Bululita. Tula me llamo. No me apode.”

La palmoteó. —“Sí, Tulita, sí, sí, todo se arregla, andate.” Miró hacia adentro otra vez, rápido, sonrió, cerró la puerta.

—“¿Pues qué me decías?” preguntó obsequioso al volver. Y la Golondra que estaba en sus trece hablando a gritos con los hijos ni le vio la cara de zorro.

—“Vení, muchacho!” le dice a Ambrosio, “decile a tu tata, decile lo que dice todo el pueblo, ya que no me cree.”

—“Sí, tata, todos dicen que es tu hora.”

—“¿Hora de qué, muchacho sonso?”

El entenado rezongó malas palabras pero la Golondra no estaba dispuesta a perder la batalla.

—“¡Si sos mal padre!” (y tirándolo de la camisa echó al ruedo a Forsico). “¿También a tu hijo le vas a cerrar las puertas?”

—“¿Y yo por qué? ¿Qué puertas cierro?”

—“¿Que no tenían amores Forsico y la Suchita?” (La Suche era la hija del Compadre).

—“Sí, tata, bien me quería,” dijo el muchacho.

—“¡Ajá, y con esa cara de mosca muerta!”



Y la Golondra alzando los brazos:
 —“¿Y si ella vuelve a sus ayeres? ¡Un viejo amor con sólo soplarlo se enciende!”
 —“¡Amores!” —dijo el Güegüence, burlón.
 Pero ya iba cuesta abajo.

II

(EL LABERINTO)

Ahora sí estaba afligido. Porque creyó que esa calle llevaba a la casa grande donde había visto un rótulo grande VOTE POR y el retrato pero llevaba a otra esquina de puertas verdes que no había visto y todas las cuentas le salían mal o las señas estaban equivocadas y entonces mejor volverse para contar otra vez desde el principio o dar la vuelta a la manzana y dobló en la esquina y volvió a doblar en la otra esquina pero en vez de salir a la calle por donde venía salió a otra más larga y más ancha y allí sí que nada conocía pero ni dónde era el norte y se detuvo y buscó el sol y por la sombra le pareció que salía por la derecha pero él venía andando por el lado de la sombra y debía estar caminando al contrario y dio la vuelta “y sigo recto porque en una esquina o en otra tengo que ver a la derecha (y movió la mano derecha para asegurarse) la casa grande con el rótulo VOTE POR y el retrato” pero pasó una esquina y pasó otra y dos más y todavía otra y la casa grande no se divisaba ni a la derecha ni a la izquierda (aunque a la izquierda no podía ser porque le dijeron a la derecha) y ahora la casa grande ya ni le parecía grande comparada con estas que estaba viendo y que no conocía y que no había visto nunca y lo que más le afligía es que el hombre aquel le había dicho que a las diez en punto y por su sombra que ya la venía pisando estaba más cerca del hambre que de las ganas de caminar y el pie derecho que le dolía por los zapatos nuevos “se lo dije a la Golondra estos zapatos me quedan estrechos” pero preguntando se llega a Roma y buscó una cara

amable pero nadie le daba la cara y todos pasaban a su lado como perseguidos y nada de casa ni por asomo y entre más andaba menos conocía y si preguntaba qué podía preguntar cuando de puro torpe no había pedido nombres sino que se la dieron con números “tres cuadras al norte y cuatro al oriente” y las casas sin bautismo pero se acordó que era una oficina de puertas rojas frente a la casa grande y VOTE POR y el retrato y detuvo al señor que pasaba con el cartapacio y buena catadura y se quitó el sombrero y le preguntó “perdone el atrevimiento” si conocía la oficina que quedaba enfrente de una casa grande con un rótulo grande VOTE POR y el retrato “¿y cómo es la casa?” “pues así como de puertas rojas” “¿y en qué sitio?” “pues no puse mucho cuidado” “pues ya va a llegar” le dijo el otro con sorna y ahora sí estaba afligido porque antes estaba seguro que la casa era de puertas verdes y ahora había dicho que eran rojas y tal vez eran rojas porque no se puso a aprendérselas de memoria sino que estuvo conversando con la mujer que vendía frutas en la acera y la mujer le dijo que allí enseñara el telegrama y lo enseñó y lo saludaron y lo hicieron pasar donde otro señor que atendía a mucha gente “¡ah! ¡pero si esta esquina la conozco! aquí fue donde atrevesé para coger aquella calle y allá como que está VOTE POR y el retrato” y atravesó la calle “¡oiga! ¡oiga!” le gritó el policía y vio que la andanada de automóviles se le venía encima y zas! saltó como en sus buenos tiempos “¡puta! ¡qué susto!” y oyó el patinazo de las ruedas y el chofer sacó la cabeza por la ventanilla y le mentó la madre —y la otra señora del otro automóvil “viejo loco”— “pero esta es la calle” dijo todavía asustado y esperó para atravesarla receloso mirando a todas partes “pase, pase, ahora es cuando” le gritó el policía y allí en la otra acera el muchacho malcriado “¡viejito, póngase anteojos!” pero tomó su derecha —a palabras necias oídos sordos— y miró si iba por buen camino y qué engaño el del ojo, ¿dónde estaba la casa? ¡qué casa ni qué niño muerto! ¡pero si le pareció que sí, pero no! “¡perdone!” le dijeron y dos hombres cargando un vidrio lo apartaron y se vio en el vidrio y no estaban

mal los zapatos pero el dedo del pie seguía gimiendo y llorando y yo creo que si no lo tengo degollado poco le falta “pero fijese” y tras la palabra el codazo de la señora gorda y la otra también la flaca agresiva y ya no podía ver ni poner atención en las casas porque unos a la derecha otros a la izquierda lo apartaban lo volaban y todos tenían prisa por lo visto pero las casas ni ésta ni la otra ni aquella ni con letrero grande ni con letrero pequeño y ya no alcanzaba en la acera porque unos venían con canastos, otros iban con compras unos con bolsas otros con mal humor “¡apártese!” “¡lugarcito!” y aquel empujaba y la mujer “¡lotería, lotería!” y el ciego “¡una lismona para el cieguito!” y la baraúnda de caras y gestos y palabras y gritos y sombreros y cabezas y pies que andaban y pies que tropezaban y pies que pisaban y adiós zapatos nuevos “¡ay, mi dedo!” y risas y putazos y verbos y gritos y silbidos y olores y malolores de alacena, de botica, de basura, de cloaca, de cocina, de hortaliza, de especias, de jarabes, de verduras, de plumas de pollo, de agua represada, de sudores, de cebolla y vocinas y ofertas y gritos y “¡cómprame! ¡cómprame! ¡cómprame!”

—“¡Compadrito!”

El Güegüence se volvió pero no era con él. Se quitó el sombrero. Se limpió el sudor.

—“¡Señora!” dijo a la vendedora.

—“¿Los quiere al peso o por docena?”

—“¿Qué mercado es éste?”

Se le acercó un hombrecito sucio.

—“¿Trae quesos, marchante?”

—“¡Señora!” repitió. Pero hablaban varios preguntando precios, pidiendo rebaja. —“¡Deme de aquellos! ¡No, de los otros! ¿Y éstos a cuánto?” Y lo apartaban.

—“¡Señora!” pero ni le oía.

Si estos son mis lenguajes *asonesepa negualigua*. Pero estaba un carretonero sentado en su carretón, comiendo carne frita en una hoja de plátano. Terminó de tragar el bocado, espantó una mosca, se rascó la cabeza.

— “¿Qué es lo que busca, señor? ¡Esas mujeres son malcriadas y no favorecen a alma nacida!”

Y el Güegüence lo miró: “¡Unas señas!” dijo mientras lo calaba. Y el otro: “¿No gusta compartir?” y le extendió la hoja con carne. “Viera que no, gracias. Ando prisa.” y le explicó su enredo. El carretonero volvió a rascarse la cabeza. “¿Quiere ver el telegrama?” Se encogió de hombros. “Por verlo,” se rió, “no le dentro a la letra.” “Pero eso debe ser en...” Volvió a rascarse. “¿Cómo era el hombre?” El Güegüence abrió las manos. “Grueso. De anteojos. Un señor respetable.” “¡Ah, pues sí!” “¡Es en el Distrito! Coja aquí, recto, recto hasta un parque, lo cruza y frente, como quien va al poniente, va a ver el edificio.” “¿El qué?” “¡La casa grande, vaya! No se entuma. Entre. Allí tiene que ser. Enseñe el papel. Ese telegrama es una llave de oro.”

Dio las gracias, atravesó la calle. En la esquina, ante la mirada del carretonero, preguntó de nuevo a gritos, “¿recto, recto?”

— “¡Recto, recto!”

— “¡Ojalá!” dijo apurando el paso.

Otra vez el gentío. Pero recto, Güegüence. Y otra vez andar y el pie que le daba gritos y un tropezón aquí y un codazo allá, pero aprisa Güegüence! Abajate! Subite! Seguí el hilo. A lo mejor llegás a tiempo antes que te cierren la puerta. Porque ya tenía ocho días de andar de Herodes a Pilatos queriendo ver al Compadre y unos le decían: “Claro que sí” y otros “Mañana es seguro” hasta que su amigo Chiricano (el marido de la Brígida) le presentó a la Golondra un Abogado y la Golondra que tiene labia se palabreó con el Abogado y quedó en un quedar: que llegara el Güegüence con el telegrama, que todo estaba hecho. Y allá va el Güegüence con el telegrama y le dice: “Esto se arregla ya, Güegüence” y le da una carta para el Ministro. Y allá va el Güegüence para donde el Ministro, pero el Ministro está ocupado y que “vuelva mañana” y vuelve mañana y otra vez ocupado y que vuelva y vuelvo y nada y le pregunto cuándo y la Golondra a cada atraso una gritadera: “Que sos inútil, que no servís para nada, con esta clase de hom-

bres no se llega a ninguna parte” y vuelta la audiencia y espera que te espera hasta que el Secretario del Ministro le da un papel y ahora “¡jodido! ¡pero qué pie para dolerme!” ahora sí, allí está el parque, ¿pero dónde la casa? Al poniente dijo. “¡Ay Dios mío! ¡Al buen día ábrele la puerta porque el malo solo se dentro! ¡Esa no es la casa ni cosa parecida! ¡Ahora sí que me llevó la mierda! Este es el puro castigo. Ni pensarlo quería. Purito castigo de Dios. ¡Que te pase por tunante, Güegüence! Dañar a la muchacha y allí dejarla con el siembrito, como gatito moto. ¡Buena hora para ternuras! ¡Como si todos no lo hacen! ¡Todos lo hacen! Pero vos, viejo, con una muchacha tan doncella. Pero si se me puso al hilo! ¡Sí, cómo no! ¡al hilo! ¡tiempo tenías de venirla asediando! ¡Por eso ahora todo te sale torcido!” Resopló angustiado. Ahora sí estaba afligido. Ahora quería comunicarse. Hablar, gritar. “¡Oiga, amigo! ¡A la puta! ¿Cómo salgo de este enredo?” Pero con la primera tenía. En boca cerrada no entran moscas. ¡Aquellos muchachos tan gentiles que parecían, la que le hicieron el primer día! Que por favor le cambie el billete, que cuéntelo bien, que esto y lo otro y que la calle es ésta y que por aquí y cuando se dio cuenta se le habían robado cincuenta pesos. Y el policía se lo dijo “Debe tener malicia. De lejos se le ve que es fuerano.” Pero si se quedaba allí se iba a hacer piedra. Ya no le importaba dar con la casa, ni con el Ministro, ni con el Compadre “¡que se los lleve Judas a todos!” “¡ah, chocho! ¡cómo me duele el pie!” sino volver a la casa, dar con la casa de la Brígida donde posaba. Le pareció que tomando esa calle, al oriente, llegaría. Iba renqueando. Atravesó la plaza con el sol a plomo. Cerró los párpados y vio verde. Ya me imagino a la Golondra cuando vuelva. La gritadera de la Golondra: ¿dónde están tus pantalones? ¿para qué tus tres dedos de frente? (como ella no es la que se mete en estos berenjenales) y la Brígida, la paisana Brígida, metiendo las narices en todo. Cuando llegaron y le enseñaron el telegrama allí fueron los abrazos y las memorias “¡Cómo voy a olvidarme de mis paisanos! ¡Mi casa es su casa, mi mesa su mesa, mi cama su cama!” Y los llevó a su apo-

sento y abrazos y zalamerías y “sus cosas en mi ropero y su ropa en mis baúles” ¡y hágale con la casa! día y noche era un hormiguero en tiempo de lluvia llena de mujeres atareadas, de policías, de criaditas y de presos porque la Brígida tenía el negocio (la exclusiva, decía ella) de vender a la Penitenciaría la comida de los presos y en el negocio tenía su parte el Alcaide y toda la casa era cocina y donde no era cocina era despensa y donde no era despensa era pulpería y junto a la cama se apilaban los sacos de arroz y de frijoles y latas por aquí y cajones y botellas por allá y en las paredes colgaban las ristras de cebollías o las canastas de chiltomas y las pailas y las porras y corrían los ratones y las cucarachas y para acostarse había que apartar los peroles y sartenes y comales y donde no se cocinaba allí habían mujeres haciendo atole o moliendo maíz o nezcuisando y la que no estaba comiendo, pellizcaba y donde no entraba el humo entraban los olores a comida que hasta estra-gaban el estómago y donde uno se sentaba allí estorbaba “por favorcito, déjeme sacar una botella de manteca” “Don-como-se-llama hágase un tantito allá para abrir este saco” y si estaba durmiendo, debajo de la cama estaba el perol que necesitaban y si se iba al solar a cumplir con las necesarias, allí llegaba la criadita y se reía en su cara cuando lo veía con los pantalones bajos “perdone señor, porque se está cagando sobre la leña” pero como los días pasaban ya la Brígida no estaba con la sonrisa de antes enseñando el diente de oro sino que salía con impertinencias y comenzaban las indirectas: que la vida estaba cara, que los víveres por las nubes, y él entonces: “¡Cóbrenos, paisana, cóbrenos! Al Güegüence no le duelen prendas.” y la Golondra le retorció los ojos y por la noche contra la oreja le ronroneó furiosa que la tal paisana Brígida era una sinvergüenza, que quería hacer negocio con ellos y que ya le había hecho cuentas flojas con el dinero que le dio a guardar en el ropero y que en el tal negocio de la comida mantenía a los presos a ración de hambre y los pobres ni quejarse podían porque la Brígida no era socia sino querida del Alcaide y el tal Chiricano, su marido, un cabrón bien hecho



y sólo soportaba seguir allí porque no había más remedio pero el Güegüence era el culpable porque nada hacía y era un jugado de cegua y un dejado que no hacía valer su telegrama que era una llave de oro...

“¡Llave de oro!” dijo el Güegüence pensando en el carretonero, “¡En buena jaula me encierran por creer en llave de oro! Bien está la puerta en su quicio y el hombre en su oficio.” Y otra vez la cara de la Bululita. Ah, qué remordimiento! Y ella: “Supe que se va.” Y él: “Pero no es cierto Tulita, son decires.” Y ella: “Lo supe, Güegüence, no me engañe.” “Ese es mi castigo, viejo sin entrañas!” Y el pie que le echaba chispas. Y el sol hasta que centelleaba como un diablo amarillo. Y ni un alero.

—“¡Qué solazo!” resopló. Y se acordó de su animal. Porque también su pobre macho se estaba escurriendo día a día, botando pelo, sobándose de los hijares, legañoso y afligido. Si pasaban más días un cacaste iba a ser el regalo para su Compadre! Ciudad desalmada: ni alero para el viandante, ni agua para el sediento, ni hierba para el jumento! “¡Válgame San Miguel que venció al dragón, no se me enciendan los sesos con este fuego!” Y esa es otra en la cuenta: el pobre Macho-ratón también de la seca a la meca. ¡Con las aflicciones que pasaron cuando vinieron a la ciudad, ellos por tren y Ambrosio en el macho! Tres días y Ambrosio que no llegaba y la Golondra comiéndose las uñas: “¡a lo mejor han asaltado al muchacho en el camino!” Y él: “¡Eso nunca, lo digo y lo sostengo, a ese macho nadie le levanta la mano! Una vez que yo iba por el camino de Rivas, bajando a Toco, un mi enemigo saltó del breñal y quiso afianzar al macho de la cabeza... ¡Ah, qué macho! ¡Zas! ¡Saltó más diestro que un venado! ¡Pero con gente torpe como Ambrosio no hay nobleza! ¡Cómo lo trajo el muy desalmado! ¡Trasijado, embarrado, chagüiteado, casi muerto! ¡Cómo le metió las espuelas! ¡Se me atravesó un torozón en la garganta; mi pobre animal, tanto tiempo amigos, tanto camino andado! Y apenas lo estaba bañando, amarrado al poste, el policía con su malacrianza hablando de multa. Y lo meto al patio

de la Brígida y la mujer que se enciende: ‘¿Cómo vamos a tener ese animal allí, incomodando a la clientela, cagándose en la comida? ¿Para qué quiere ese macho viejo su compadre?’ Y yo —mejor que me toquen a la mujer— ¿cómo que para qué? ¿No sabré yo lo que aprecia mi compadre este animal? No sabe que mi compadre siempre me decía: ‘Si algún día lo vende, es mío, Güegüence.’ ¿Que no ve la línea? No sabe que es una seda? Porque ella nunca me vio entrar en las ferias pasitrotero, recogido y galano, traca-traca-traca-traca. ¿Cómo le va yendo, Güegüence? ¡Qué bestia se gasta! ¡Qué hermoso animal! ¡Con ese macho llega a la luna y regresa silbando como jilguero! ¡Véndalo, Güegüence, pida lo que quiera, Güegüence! ¿Pero qué sabe de gustos la tortillera? Y allá te va el Güegüence a buscarle posada al animal. Y lo meto al solar de Pito López (a peso el día) y al rato cae la Sanidad que quiere también multarlo; que no es zona, que no es establo, que no es lugar para animales. ¿Y dónde es lugar para animales? Fuera del barrio. Y va de pleito. ¡Putá ciudad, todo es problema!

—“Oiga, señor” y se volvió para encontrarse con un extraño que se le emparejaba, sonriente, y le ofrecía algo en la mano. Ya iba a detenerse curioso pero, gato escaldado, apresuró el paso —“¡Vea, señor! ¡Estoy en un apuro!” —No fumo puros, dijo el Güegüence. —“Estoy en un apuro” repitió el otro, “y vendo esta alhaja a precio de huate mojado porque tengo un hijito enfermo y necesito comprarle unas medicinas.” Miró de reojo, al paso, y el otro, a la rebeata, alargando la mano y hablándole que “vea señor, que le conviene” y él más aprisa, ya era más carrera que andadura y el hombre abriendo el pañuelo donde aparecía un anillo deslumbrante con su piedra de rubí que hasta titilaba al sol, “véala, que con verla no hay compromiso” y lo quería detener pero si hablo más fuerano me delato y ya ni sentía el pie apurando el paso, pero el otro: “véala, que no se va a arrepentir, es una ocasión que le cae del cielo” y el anillo brillando sobre el pañuelo, hermoso, pesado, puro oro, buena piedra, ¿no seré yo comerciante y entendido en alhajas? ¿no he vendido trucherías en los pueblos

y visto lo que he visto? ¡Buena alhaja! ¡Al ojo se le nota! Pero ni lo demuestrés, Güegüence, que te joden, te lo digo que te joden. “Todo un señor anillo” dijo el otro, “que casi lo regalo porque así es la necesidad y más si se trata de un hijo, ¿qué no hace uno por un hijo, verdad, señor?” Pero el Güegüence al paso y en boca cerrada no entran moscas. Sólo el ojo, oblicuo, mirando como que no quiere y andando, andando, y el hombre insistiendo: “vea, señor, la propuesta que le voy a hacer, tal vez así comprenda mi necesidad, déme veinte pesos y le doy el anillo, después me paga los cuarenta restantes, el anillo vale el triple, pero si no tiene veinte deme quince, vea qué trato de confianza.”

—“¡Pero si usted no me conoce!” —exclamó el Güegüence ya sin poderse contener. —“No me importa.” contestó tranquilamente el otro, “usted tiene cara de hombre honrado, hombre respetable, usted me da sus señas y yo llego a cobrarle el resto cuando usted me diga.” Ya iba más despacio, ya metía la mano en la bolsa, disimulando, ya se tocaba en el fondo el fajo de billetes. Mejor no. Cara de beato, uñas de gato. ¡Ni te metas, Güegüence! Pero el otro al flanco, midiéndolo y otra vez la voz llorosa: “que vea, amigo que comprenda la desesperación de un padre, esta ciudad sin entrañas, el muchachito enfermito y es mi única criatura, usted se queda con algo bueno y hace una caridad” y el Güegüence más despacio, medio sacando el fajo de billetes buscando rápido como jugador de naipes un billete de a diez —le ofrezco diez, sólo diez pensó queriendo sacar un billete, sólo un billete con cautela cuando sintió el manotazo y tras el golpe el empujón y la calle dando vueltas y el costalazo contra el suelo y la mano vacía y como un relámpago el puñetazo sobre los ojos y la carrera y ¡ladron! quiso gritar porque ya doblaba la esquina y él queriendo levantarse y correr, y corre y corre ¡pero qué puede correr un viejo enclenque! ¡Ya me rejodió el hombre, ya me dejó en la desgracia! ¡LADROÓN! gritó. ¡Ladron! pero nadie. ¡Puertas cerradas y la tapia blanca y el sol! Y corrió ¡Ladron! Ladron! renqueando hasta la esquina. ¡Nada! ¡Ni mierda! ¡Ahora si me llevó el diablo! Ahora

rebuzna, ahora gruñe, berrea, cabeza de ladrillo, topo, atolondrado, ¡que te pase por bruto, Güegüence! Por creer que vuela el buey, por avorazado, por noticioso, por aprovechado, por delirante, fatuo, metete-en-todo, perico-curioso, mono-de-milpa. ¡Ah! me la dieron, ¡me la dieron en la mitad del culo! Miró por todas partes —allá lejos una muchacha con una canasta allá lejos... (creyó ver) ¡no! ¡ni señas! ¡qué va a ser! ¡ese hombre ya se perdió! ¡se hizo humo! ¿para qué estar de baboso ojeando? Se quitó el sombrero. Se limpió el sudor. ¡Te jodieron, Güegüence! ¿Dónde están tus astucias? ¿Dónde está el venado de piedra? No decían en tu pueblo: ¿quién engaña al Güegüence? ¿quién se tira al urdemales? ¡En esto pararon tus mañas! Bien estabas en tu nido, pájaro pinto... ¡pero la mujer desgraciada debía salirse con la suya! ¡Hacerme venir! “Allá es la fortuna, allá te bañas en aguas rosadas” y uno que se las cree! Y ella: “Tantos que suben y vos atolondrado!” Y yo: “¿Qué quieren? ¿que les baje el lucero?” Y ella: “Pues eso, ¿no te crefas el gallo del pueblo?” Y yo: “¡Mi lugar en mi lugar!” Y el entenado, el malcriado de Ambrosio: “¡Sólo boca es el viejo! Allá en el pueblo sacaba pecho porque en tierra de ciegos, el tuerto es Rey. ¿Pero qué nos daba? ¡Siembras de príncipe y cosechas de esclavo! ¿No andaba por el pueblo diciendo: ¡Vean qué cosecha! ¡25 fanegas la manzana!? Y llenaba de piedras los sacos y allá te va Ambrosio cargando piedras para que el Cura se quitara el bonete: Buenos días, Güegüence. Y el Comandante: Adiós, Güegüence. Y el Alcalde: ¡Buenas tardes, Güegüence!... la casa pintada pero el comején en la solera” y eso es lo que me arde, el bocatero, el desagradecido de Ambrosio sacándome los trapos al sol y la Brígida riéndose con su diente de oro y el Chiricano (el marido de la Brígida) “¡no se deje, Güegüence, que estas putas mujeres si se descuida lo despellejan!” Y me hace señas y me habla aparte: “Ni tenga en un dedo a la gritona de su mujer; cuando usted anda en sus andares, sudando la gota gorda buscando ver al Compadre, se le sale la vieja con el abogado, todá empericuetada. ¡Ah, Güegüence! y le viera los aires; yo que la he visto con estos

ojos, se lo digo.” —¡Ahora veré, dije yo, en cuanto la tenga sola! Y en la noche la agarro del pelo y la zarandeo y le doy por aquí y le doy por allá con la escoba, con la sartén, con lo que podía, ¡vieja relinchona que andás parejeando con el abogado como si no tenés hombre! —“¿Y quién te ha dicho semejante cosa?” —“Pues y quién ¡el Chiricano que te vio con sus ojos!” —“¡Ese borracho hablador! Dejámelo mañana y le voy a decir lo que ni su mujer le ha dicho porque esa sí que se las pega hasta con el sol en alto.” —Pues esa es la que te enreda: ¡en el valle de Santa Justa una puta a otra busca! ¡Esa era tu angina para el viaje! Pero le di sus cuatro golpes y al día siguiente ni la reconocía de tan palomita llevándome el tiste y las rosquillas y Güegüence aquí, y Güegüence allá, y coma mi viejo, porque hoy tiene que ir donde el hombre, ahora es la cita con el Ministro y ¡qué cita de mis tormentos! ¡Venir a parar en esto! ¡Te jodieron, Güegüence! Te jodieron. ¡¡Te jodieron!! Y echó a andar sofocateado, ni sabía para dónde. La cabeza dándole vueltas. Ahora sí que estaba afligido. ¡Hijo de la gran puta! ¡ladrón, reladrón! Y el desalmado hablándome del hijito enfermo: ¡si tiene hijo que se le reviente, si tiene mujer que se la atraviesen y que te caiga la maldición del duende sarnoso y las siete chonelas de Egipto! Y comenzó a bolsearse. ¿Y el telegrama? ¡Ay, Virgencita! Y se registró y se palpó de nuevo. ¡Ay, mamita linda! ¡Ni pirinola! ¡Ahora sí que me quedé en las latas! Y otra vez la Bululita: “Sí, Güegüence, yo sé que se va. No me engaña. ¡Vuelva, Güegüence, vuelva!”

Vio un parqucito solitario. Le dolía el pie. Le dolía el alma. Se sentó en la banca todavía caliente del solazo. Me lo decía mi madre, la Ñurinda: “¡No seas comunicativo, Güegüence!” Se quitó el zapato y dio un suspiro de alivio. Entonces pitó el tren y oyó acercarse el resoplido de la locomotora. Pasó trepidando y vio la gente en las ventanillas. Los árboles se movieron. Digo yo, Güegüence. Pensándolo, Güegüence, en la torre cae la centella y no en la cueva. Se te llenó de pájaros la cabeza. ¿Que no te vi orondo y pavoneando? ¿Que no te vi ese día zapatos que brillaban, vestido

de primera, sombrero de pita, más arrogante que el rey moro? Y vamos para la estación. Y tiran los cohetes y los morteros. Allí estaban los amigos rodeándome y hablando. Allí estaban las amigas, sentadas con la Golondra en la banca del andén. Llegaban los correligionarios en grupos, en parlamentos, y el vocerío creciendo. El Güegüence se levantaba. Abrazaba a unos. Daba la mano a otros. Oía recomendaciones. Y las vendedoras gritaban. ¡El pan! las panaderas. ¡Las tosquillas! las rosquilleras. ¡Los quesillos! las quesilleras. Y a cada rato los muchachos gritando ¡Ya viene! Y las mujeres levantándose. Y los hombres moviendo la cabeza: “¡Dejéense de cosas!” Y los amigos de Forsico el oído sobre los rieles: “Ya se oye.” y volvían todos a mirar la vía recta, cerrándose vacía en el horizonte; hasta que sonó el pitazo y se vio la trenza de humo y luego la máquina haciéndose grande, cada vez más grande. Entonces todos se movieron. Y las mujeres gritaron a los muchachos y se arremolinó la gente y volvieron las voces y los gritos y los vivos —“¡Viva el Güegüence!” “¡Viva la esperanza del pueblo!” “¡Déjeme llevarle la valija!” “Yo le ayudo con la canasta.” “¡Suba, Güegüence!” “¡Suba, Golondra!” “¡Siéntese, Güegüence!” — y le sacuden el asiento. Y se sienta. Y hay un gentío en el carro y un gentío en el andén y se apretujan en la ventanilla. —“No se olvide de pedirle la luz al Hombre.”

—“¡Se acuerda de mi asuntito!”

—“¡Y lo del camino!”

—“¡Y de la escuela!”

Y allí está el Alcalde, al oído: “Si tenés ocasión arreglame lo del crédito.” Y el cura: “Hay que enladrillar la nave del Sacramento, Güegüence!” —“¡Claro, tata Cura, claro!” Y suena la campana. —“¡Bueno, buenol!” palmadas, abrazos. —“¡Buen viaje! ¡Buen viaje!” y se bajaban los de arriba y se apretaban más los de las ventanillas “¡Se acuerda del pueblo, Güegüence!” “¡Ahora es cuando, Güegüence!” Y los del andén: “¡Viva el Güegüence!” Y más adioses y más recomendaciones y todos gritando. Y risas y pañuelos y manos y vamos andando. Y el muchacho con cara de alegría viendo cosas nuevas. Asomándose; y yo llevándole el hilo, a la gre:

—¿Te conocerá la Suchita?

—¡Ah, pues no!

—¿Te daba amores?

—¡Ah, pues no!

—¡Qué muchacho! — Y la Golondra riéndose: “¡Si yo lo veía! ¡Si se la empuurraba!”

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Pues arrimármelo.

¡Ah! Y entonces sí le dolió el corazón. Siempre que lo pensaba se lo quitaba como mal pensamiento pero volvía. Volvía y se lo quitaba. El pobre muchacho, mi pobre Forsico, ¡tan ilusionado que venía! Qué golpe le habrá sido, digo yo, porque se perdió tres días y la Golondra angustiada y yo buscándolo. ¡Qué vueltas no dimos! De amigo en amigo. ¿Y si fue accidente? Y vamos a los hospitales. Pero tampoco. Y vamos con la Brígida a la policía. “Que sí, que lo buscaremos. Que ahorita no tenemos números. Que mañana.” Pero ni se movían. Mas bien se secreteaban. Mas bien se reían. Y la Golondra hablando hasta con las paredes: “¡Es que ustedes no aflojan la mosca!” dijo la Brígida. “¿Qué mosca?” gritó la Golondra. “¿Hay que pagar también a estos haraganes?” Y el Chiricano callándola: “Te van a echar al bote, Golondra. Hágame caso, Güegüence, búsquelo en las cantinas.”

—Pero si el muchacho no bebe.

—Algún día se empieza.

—¡Si será de tu sangre! —gritaba la Golondra.

—¡Lo cree una joya! —gritaba la Brígida.

—Vea, Güegüence, hágame caso, véngase conmigo. Y allá te va el Güegüence de cantina en cantina, de burdel en burdel. Hasta que entramos donde la Cigua Mostega:

—¿Un muchacho envaselinado, medio poblano, medio entumido?

—Ah, pues no es, dije yo.

—Ah, pues ése es, dijo Chiricano.

—¡Macrina! —gritó la vieja— ¡Macrina! —Y nadie llegaba.

—No viene —dijo la vieja— está con él, tiene dos días de estar con él. ¡Dentren! —y entramos a la putería. Y allí estaba el muchacho, ojiazul, inflamado, trasijado, con la putita sentada en el borde del catre.

—¿Ideay? —dije yo.

—No lo regañe —me dice la putita— está muy sentido. Y era fiatita, julunquita la Macrina y le pasaba las manitas regordetas por la frente.

—¿Qué te pasó, pues?

—Nada, tata, ¡mejor váyase!

—¿Cómo que váyase? Allí está en la casa tu mama bajando todos los santos del cielo y comiéndose las uñas de afligida.

—Decíselo, Forsico. Que lo sepa el viejo.

—Me le arrimé a la Suche.

—¿Y eso, qué?

—Le dije como le decía siempre, le dije Suchita.

—¿Y ella?

Ya no pudo hablar el muchacho.

—Yo se lo voy a contar —dijo la putita. —Yo estaba en la acera. Yo vi.

—¿Para qué hablar babosadas?

—Yo vi cuando entró.

—Dejala hablar.

—Pues entró la engolillada, la princesa en bicicleta, la niña Xotchitl, taconeando.

—¿Engolillada la Suchita? ¿No llegaba donde mí, humilde y descalzita: “Buenos días padrino”?

—Engolillada y tufosa, ¡pura alcurnia! Y éste que la saluda...

—¡¡¡Jodido!!! — gritó Forsico.

—¡Qué boca de malcriado! ¿Voy a enterarme o no voy a enterarme?

—Ha estado bebiendo el pobre y está algo alterado —dijo la putita.

—Pues sí, le dije: “Suchita” y me volteó la cara. ¿Eso quiere saber? Y volteando ella la cara le cae un teniente al muchacho



“¡Respete a la señorita!” y le deja ir una trompada entre las luces. Y ni se había enderezado cuando entran unos civiles de la Seguridad, y los desalmados lo aporrean a golpes y patadas. ¡Va preso!

—¿Pero qué hizo?

—¿Y qué va a hacer? ¡Hablarle a la Reina! ¡Tocar el cielo con la mano!

—¡Viera cómo lo llevaban! Se me partía el alma!

—¿Te echaron preso también?

—¿Y de dónde cree que lo traje? Allí estuve llorándoles “¡Dénme al muchacho! Si nada hizo. Si es fuerano que ni sabe de estas malicias.” Y un Polis que es cliente de aquí me dijo: “Tiene un clavo.” —“¿Qué clavo” le digo yo, “si nada hizo?” —“Irrespeto a la autoridad.” —“¿Y cuánto le cae?” —“¡Pues cuarenta de multa!” Y me vengo donde la Cigua y me la empeño. Pero la Mostega es buena. Me dio la plata y lo saqué.

—¿Y tu Suche supo esto?

—¡¡A la mierda Suche!! —gritó el muchacho. Le brillaban los ojos. Duele un hijo (pensó el Güegüence).

Digo yo. Pensándolo, Güegüence: te pasa por bolinero, por sacafiestas sin viglias, por piloto de altura. ¡Ahora sí que ya le llegó la sombra al lirio! Allí estás: solo y perdido. —¡Mejor, Güegüence! digo yo. ¡Mejor estar perdido en la cola del mundo! Mejor solo. Mejor ni pensar. Recostó la cabeza en la banca. Ya andaba la tarde llevándose los pájaros. Cerró los ojos al vientecito. Cuando vio que allí estaba el Macho-ratón. ¡Vea que cosa! Su amigo el Macho-ratón!

GÜEGÜENCE. —¡Ah, mi amigo Macho-ratón! ¡Sea mi consuelo! ¡Sea mi paño de lágrimas!

MACHO-RATÓN. —¿Llorando, Güegüence?

GÜEGÜENCE. —¡Suspenda música, bailes, cantos, danzas, sones, mudanzas...!

MACHO-RATÓN. —El que nació para triste tras de la música llora.

GÜEGÜENCE. —Así es, Macho-ratón. El que nació para tamal del cielo le llueven las hojas.

MACHO-RATÓN. —¿Pues, qué tripa se le ha roto, amigo Güegüence?
¿A quién llora?

GÜEGÜENCE. —Lloro el tiempo.

MACHO-RATÓN. —¿Se murió, Güegüence?

GÜEGÜENCE. —Murió de paso.

MACHO-RATÓN. —¡Pues a cada tiempo, su tiento, Güegüence!

GÜEGÜENCE. —Dice el dicho. Pero en una orilla el día y en la otra la noche. Allá en mi pueblo era de mi tiempo, aquí soy pasado.

MACHO-RATÓN. —¡Ah, Güegüence, yo conozco al Tío Patiño, que por huir de la muerte, se hizo niño!

GÜEGÜENCE. —¡Ah, Macho-ratón! ¡Yo conozco al Tío Chamarra, que parece que se cae, pero se agarra!

MACHO-RATÓN. —¿Y cómo, Güegüence?

GÜEGÜENCE. —Pues volviendo, Macho-ratón. A tu casa garza aunque sea en una pata.

MACHO-RATÓN. —Pues el tiempo no es mula, y no recula.

GÜEGÜENCE. —¿No me llevas, Macho-ratón? Ah, mal amigo, mala casta! ¡Cría cuervos y te sacaran los ojos!

MACHO-RATÓN. —Salir montado para volver arrastrado? Ah, qué cabeza, Güegüence! Ya oigo al Cura: “¡Pobre Güegüence!” Ya oigo al Alcalde: “¡Inútil, Güegüence!” Ya oigo al Comandante: “¡Mentiroso el Güegüence!” Salió con cohetes, lo recibirán con palos. ¡Vuelva, Güegüence, vuelva!... ¡Donde las dan las toman!

GÜEGÜENCE. —¿Llueve, Macho-ratón?

MACHO-RATÓN. —Llueve sobre mojado.

GÜEGÜENCE. —¡Pues el mismo aguacero moja a la mula y al mulero!

MACHO-RATÓN. —Dígamelo a mí, que me llueven piedras. Estoy como el chanco de la Tía Lacha, amarrado y sin qué comer. Ni siquiera una mulita rabicana para regocijo. ¡A esto me trajó!

GÜEGÜENCE. —¡Ah, macho boca floja, mal consejero! ¿Y quién me decía: pruebe fortuna, Güegüence?

MACHO-RATÓN. —Las ganas, Güegüence; el cebo es el que engaña, no el pescador ni la caña.

GÜEGÜENCE. —¡Ah, qué disputa! ¡Perro es el tiempo y ladra a los de caite!

MACHO-RATÓN. —Pues a mal tiempo, buena cara.

GÜEGÜENCE. —Pues el tiempo quiebra, sin canto ni piedra.

MACHO-RATÓN. —¡Déjese de remilgos, amigo Güegüence! ¡El toro a los cuernos!

GÜEGÜENCE. —¿Remilgos, Macho-ratón?

MACHO-RATÓN. —¡Melindres, Güegüence!

GÜEGÜENCE. —¿Melindres, Macho-ratón?

MACHO-RATÓN. —¡Papeles, Güegüence!

GÜEGÜENCE. —¿Papeles, Macho-ratón?

“Sus papeles,” oyó que le decían. Abrió los ojos, asustado. —“¿Sus, qué?” —“¡Sus papeles!”

Se enderezó en la banca. Había entrado la noche y en lo oscuro perdió el hilo. Ya no supo ni el qué ni el cómo.

—“¿Que no me oye?” El policía rajaba el silencio del parque. “¡¡Enséñeme sus papeles!!”

El Güegüence se acordó que era el Güegüence. El perdido. El robado. Le subió el miedo. Miró al policía temblequeándole la solera. Pero debajo de la sombra del casco la cara del hablante se le hizo conocida.

—¿No sos vos Chico Zapote? ¿Ya no conocés al Güegüence?

Y allí fue la risa del Policía:

—¡Vea que viejo jodido! ¿Y de dónde aparece? ¿Y qué anda haciendo?

—¡Ah, si te contara! —dijo el Güegüence. —Pero sentate, aquí sentate! Y se sentó en la banca y comienza a recordar al pueblo, a los de arriba y a los de abajo, a los del Cementerio y a los de la Plaza, a los del centro y a los del Trillo y a hablar hasta por los codos y a ponerlo al tanto, desde el principio, desde el telegrama, desde que salió en tren con la Golondra y Forsico su hijo; desde que mandó por el camino real al Macho con el tal Ambrosio, su entenado, un grandísimo malcriado que por poco mata al animal, tan fino, tan noble, tan agradecido, su Macho-ratón; hasta la desventura del ladrón y su tuerce y aquí me tiene, por el petate, todo desgraciado, perdido, robado, hecho mierda. ¡Vea qué suerte más negra, amigo Chico Zapote!

Y allí cogió fuego el rancho. Mentarle ladrón a Chico Zapote era darle un sombrero a una lora: juró que lo agarraba. —“¡Por esta cruz que lo agarro. Se lo agarro y lo cachimbeo. Se lo agarro y no le queda anillo, ni piedra rubí, ni hueso sano, ni ganas de joder para toda su vida!” Y le dio lástima el viejo. ¡Robarle a su paisano! ¡Al amigo del Hombre! —“Va a ver Güegüence, lo que soy yo; pero usted Güegüence, déjese de andar por las ramas. Yo lo llevo donde su Compadre. Yo lo pongo en la misma puerta. Tengo allí un amigo. Yo lo llevo. Hoy no, ni mañana, pero pasado sí. Pero se echa un trago doble para que le hable al Hombre. Al Hombre le gusta que le hablen como hombre. Si se entume le pasa la rueda.”

—¡Ah, Chico Zapote! ¿Será tonto el Güegüence? ¿No tendrá suelta la lengua de tanto trato y contrato por los caminos? “Si estos son mis lenguajes *asonesepa negualigua*, seno libro de romance,” decía el viejo!

Se rió Chico Zapote. ¡Qué risa le dio recordar los tiempos! ¡Ah, qué tiempos aquellos!

Y ya cobró ánimo el Güegüence y hasta ganas tenía de echarse un trago, de echarse un socoroco con su amigo el Policía, pero Chico Zapote estaba pegado al yugo, cuidando la noche y pensó el Güegüence en la vuelta.



—¿Y ahora, cómo me desenredo, amigo Chico Zapote? ¿Si me perdía en las claras, cuándo me abro paso en las oscuras?

Pero el policía le dio señas —¡Ponga cuidado, Güegüence, si se fija no se enreda! —y otra vez le repite, y el Güegüence queriéndose poner el zapato y sólo quejidos era: —¡Ay mamita, este pie ya se me hizo sapo! —Y dale pujando, y dale gimiendo y el zapato ya no le entraba ni con una yunta de bueyes hasta que resolvió quitárselo y avanzar descalzo con los zapatos colgados al hombro. Y otra vez se hizo repetir las señas y un rato con miedo y otro rato con temor se fue por esas calles de Dios, renqueando, un paso cabizbajo, otro paso cabialto, pensando que todo es así en la vida, que una es de cal y otra de arena, porque quién le iba a decir después de todo? Encontrarse con Chico Zapote, su conocido, su paisano, ¡buen muchacho el hijo de la Candelaria! —De la edad de Ambrosio, sería. Digo yo. Porque hasta me acuerdo cuando pasaba vendiendo tabaco y cargaba el macho mohino:

—Güegüence, álceme el fardo.

—¿Calentar el jarro?

—¡Alzar el fardo!

—¡Ah! El fardo! ¿Dónde está el fardo?

—¡Aquí está, Güegüence!

—¡Ah, mi tiempo, cuando fui muchacho! El tiempo del hilo azul, cuando me veía en aquellos campos de los Diriomos alzando aquellos fardos de guayabas. ¡Esos sí eran fardos!

—¡Date prisa, Güegüence!

III

(EL UMBRAL)

Afuera el que demanda. Adentro el que manda.

Afuera el Güegüence demanda al portero entrada. Es menester licencia.

Adentro el “Hombre” en su escritorio. Allí está: mandado.

Dice SÍ y sube la bandera y salen órdenes y ordenanzas, hombres y mujeres, camiones, ferrocarriles, tropas, gente y más gente haciendo lo que dice. Y dice NO y baja la bandera y se paran los trenes y se disuelven las manifestaciones y se cierran las puertas y tocan la queda los clarines, y las bocas callan y dan vuelta las llaves en los candados.

Allí estaba el Hombre firmando. Salían del despacho los ayudantes, y entraban. Se abría la puerta y se cerraba:

—“¿Menester licencia? ¡Válgame Dios, señor portero! Cuando yo anduve por esas tierras adentro...”

Se cerraba la puerta y se abría.

—“Por Veracruz, por Verapaz, comerciando y vendiendo por plazas y mercados, en ferias y cabildos, ¿quién me pedía licencia?”

Levantó la cabeza. Puso oído. Firmaba: Que se haga. Que se diga. Que se vaya. Que te quito. Que te pongo. Esa fue su vida desde que apuntaron los rifles; mandando y ordenando. De Cabo. De Sargento. De Coronel. De General. Mando que te mando hasta que dio el cuartelazo para seguir mandando.

—“Viniendo yo por una calle derecha me columbró una niña que estaba sentada en una ventana de oro, y me dice: ¡Qué galán el Güegüence, qué bizarro el Güegüence. ¡Aquí tienes bodega, Güegüence! Entra, Güegüence, siéntate, Güegüence; aquí hay dulce, Güegüence, aquí hay limón...”

Levantó la cabeza; puso oído. Estaba entrando el pasado.

—“¡Y así una niña me dio licencia!”

“Pues una niña no debe dar licencia,” pensó sonriendo. ¡Bien que se acuerda! Bien que le llega el tiempo. Bien que conoce la voz. Válgame Dios, se estaba riendo. El Gobernante riendo. El Señor Presidente riendo. Y el ordenanza riendo. Y el ayudante riendo. Y el Coronel. Y el Sargento. Y riendo el portero. Iba la risa saliendo. Entrando y saliendo.

—“¡Ah! ¡Válgame Dios! No seremos guanacos, no seremos amigos, desde aquellos tiempos, no será el Compadre, mi Compadre. ¿Y es menester licencia?”

Puso oído. Estaba entrando el pasado. Cosas que ya no contaba. Cosas con tierra encima. Tiempos de caite y corona: las mañanas tras la yunta. Las tardes de carretero. Frunce el ceño.

—¡Pues es menester licencia!

—“¡Válgame Dios, señor portero! ¿Qué es lo que vale entonces? Pues no anduvimos juntos mi Compadre y yo, por aquellos caminos, arriando la recua, y ¡opa, Güegüence! tropezamos con una cususera y se baja el Compadre de su mula y ¡sírvasse un trago! le dice al mesonero, y nos echamos el trago y vamos bebiendo y vamos andando y si el Compadre no tiene, lo paga el Güegüence, y el que paga, paga ¡y no es menester licencia!”

Frunce el ceño. De reajo mira a sus hombres. Mulero. Arriero de recuas el Gobernante supremo. Bebedor de cususa el Reformador de las Leyes. Se ensucia la página blanca. Se mancha la Historia Patria. El Presidente está serio. Sale serio el ayudante. Lo mira serio el Sargento. Responde serio el portero. En silencio entran y salen. Salen y entran.

—“¿Somos o no somos?” grita el Güegüence afuera. —“¿No éramos vecinos, tapia de por medio? ¿No llevé a la pila a la Suchita? ¿No llegaba por el rey, mañanita con el sol, mañanita con lluvia, descalzita y mocosa a darme los buenos días?”

Levantó la cabeza. —“¡¡Cierre esa puerta!!” grita. —¡Oh, válgame Dios! De coraje golpea la mesa. De coraje rompe el papel. De coraje rompe la pluma.

Rompe la sogá por lo más delgado.

Managua, 1958-1969